

San José, Costa Rica 1927 Sábado 23 de Julio

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: Carta del Sr. de Unamuno.—*Voy contando los segundos...*, por Miguel de Unamuno.—*La obstinación de las mujeres*, por Julio Dantas.—*Traición y escepticismo del doctor Núñez (2)*, por Eremita.—*Señales de los nuevos tiempos*. — *Página lírica de Agustín Acosta*.—*Alfonso Reyes*, por Jaime Torres Bodet.—*Homenaje a Góngora*, por José Ortega y Gasset, Pedro Henríquez Ureña, Enrique Espinoza, Luis de Zulueta, Paul Groussac y Andrenio.—*La gota y el viento*, por Blanca Milanés.—*Respuestas impersonales*, por R. Brenes Mesén.—*Donde las dan, las toman* (Caricatura de Solano).—*La amnistía en aceite*, por José Rafael Pocaterra.—*Los juristas de Río prefieren ser juristas y no americanos*.—*Un homenaje en la Escuela Normal*.

CUÁNTO tiempo hace que deseaba escribirle, mi buen amigo! Y no sólo para darle las gracias por las menciones que de mí hace en su *Repertorio Americano*, que recibo aquí, en mi destierro de Hendaya, puntualmente sino para decirle que estos recibos son uno de mis mayores consuelos. Gracias a su revista ecuménica de las Américas españolas me pongo en relación con ellas. Ahí sigo las palpitaciones de ese mundo nuevo. Y lo que siento es no poder ayudarles más en su empresa libertadora; ¡me embarga tanto lo de mi pobre España, presa de la más innoble tiranía pretoriana! Pero creo que pronto podré desquitarme. Estamos ahora en España en la misma lucha en que esas repúblicas estuvieron al emanciparse del yugo de la monarquía que fundó Carlos Quinto—quinto de Alemania, no se olvide. El todavía rey de España, Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena—más Habsburgo aun que Borbón—tuvo hace poco un incidente con el ministro de Méjico (con j) en Madrid, el excelente poeta González Martínez, pronunciando frases más que imprudentes contra el Gobierno de Calles. Es que se cree, el rey, como una especie de patrono de la catolicidad hispano-americana. Y qué catolicidad! la menos *católica*, es decir: universal, posible. No olvide que cuando Don Alfonso fué a ver al Papa, a la Roma de Mussolini, a proclamar *crucada* la infame campaña de Marruecos, le pidió a Pío XI que hiciese cardenales hispano-americanos. Quería patronar a esas repúblicas. Es lo que él llama la reconquista de América. Pero vea los antecedentes.

Casi al tiempo que España descubría América murió, y en Salamanca, el príncipe Don Juan, único hijo va-

Carta del Sr. de Unamuno

Sr. don J. García Monge,
en San José de Costa Rica.



rón de los reyes llamados católicos Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, y con esa muerte se extinguió la posibilidad de una dinastía indígena, española, en España. Trágico ex-futuro ese pobre Don Juan que duerme en Avila de los Caballeros! La Loca de Castilla, Doña Juana, casó con el Hermoso de Borgoña, Don Felipe, y trajeron a España al primer Habsburgo Carlos de Gante, y con él toda la subsiguiente caterva de los Felipes y Carlos. Y empezó la cruzada, continuación en parte, y sólo en parte, de la que los Reyes Católicos—llamémosles así—concluyeron contra los moros. Sólo que ahora fué cruzada contra luteranos—la Contra Reforma—y para establecer la hegemonía de la Casa de Austria en Europa. Y la América, que acababa de descubrirse, no fué nunca para estos nuevos cruzados, los habsburgianos, más que una mina de donde extraer oro—ya que no hombres—para proseguir esa cruzada. Quiere usted más? Oiga a Colón mismo, cuya patria importa poco. El Colón que decía que «el oro es excelentísimo, que con él se hace tesoro y llega su poder hasta que saca las almas del Purgatorio» decía que

la empresa del descubrimiento se tomó con el fin de «gastar lo que de ella se hubiese en el rescate del Santo Sepulcro». (Estas citas las tomo ahora de un librito muy sustancioso que estoy leyendo y que me refresca y me da muchas visiones históricas; es *El nacimiento de la América Española* de Juan B. Terán, de Tucumán). Siempre la cruzada!

En la cruzada habsburgiana, en Lepanto, perdió el brazo Cervantes, y a ello debemos, a esa manquera, el *Quijote*, en el que por cierto no se habla de Amé-

rica. En la cruzada habsburgiana, contra Francia, para establecer la hegemonía de la Casa de Austria, perdió la pierna Iñigo de Loyola, y a ello debemos, a esa cojera, la Compañía de Jesús, que fundó luego el Imperio Jesuítico de las misiones paraguayas y argentinas. Colón, Cervantes, Loyola! Lo que podría tejerse en torno al enjullo de esos tres símbolos, que no ya hombres! Pero, sigamos.

A Carlos I de España, el flamenco que ahogó las libertades comunales castellanas siguieron otros reyes extranjeros nacidos y criados en España, Felipe II, y III y IV y Carlos II el más hechizado de todos, el imbécil. Y al extinguirse los Austrias, los Habsburgos, vino Felipe V—otro Felipe—y con él los degenerados Borbones. Y en tanto fermentaba la gran revolución, que preludeó Rousseau, el verdadero maestro de Napoleón y de Bolívar. De la Revolución salieron Francisco de Miranda y Simón de Bolívar, los dos grandes venezolanos. De la Revolución salieron las Américas españolas emancipadas. Napoleón arrastraba por el fango en Bayona—aquí cerca—a la monarquía borbónica-habsburgiana en los sujetos—no

quiero llamarles personas—de Carlos IV, María Luisa y Fernando VII, el bisabuelo y prototipo de nuestro rey actual—es decir *nuestro*, o sea mío... no! Y ahí, en esas Américas, saben todos como la conquista de España por Napoleón y la ignominia de la monarquía de Carlos el Emperador fué el principio de la emancipación de ese mundo nuevo de sangre espiritual española—la lengua es la sangre del espíritu. De qué se independizaron esas repúblicas españolas? De la monarquía fundada por Carlos V de Alemania, de su imperialismo, de su catolicismo—no catolicidad—político y no religioso, de su cruzada. Y ahora quiere reconquistar esa América el rey habsburgiano del imperialismo, del catolicismo político y anticristiano y de la cruzada?

Por eso hay que andar con mucho tino en darse cuenta de que es lo que quieren decir los que ahí y aquí al lado, en España, hablan de la madre patria y de que maternidad quieren hablar. Porque si esa *madre patria* quiere decir patrono y patrona monárquica, de cruzadas, harán ustedes, los hispano-americanos, muy bien en rechazarla. Para pretensiones patronales, imperiales y hasta de cruzada, ahí están los Estados Unidos. Y la cruzada puritana no es mejor que la jesuítica, si es que son diferentes. «¡Ingratos!»—me decía una vez cierto sujeto refiriéndose a los cubanos—«después que descubrimos, conquistamos y colonizamos aquello...!» «Descubrimos?—le repliqué—yo no!» Y él: «bueno, nuestros padres!» Y yo: «los de ellos, amigo, los de ellos!» (Y tenga en cuenta que mi padre pasó su juventud y parte de su madurez en Méjico). Y si de lo de madre patria pasamos a lo de hermana mayor—aunque todas estas metáforas son ambiguas y engañosas—hoy le toca a la hermana mayor, a España entre europea y africana, pedir a sus her-

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»
Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

manas menores que le ayuden, siquiera en espíritu, a emanciparse de la monarquía imperialista, habsburgiana, político-católica—no cristiana—y de cruzada y a establecer aquí la república.

Pero entendámonos con esto de república, que no es cosa de forma superficial, o accidental, sino de forma, profunda o sustancial. Bélgica, Holanda, Suecia etc. son más repúblicas hoy que Chile, Venezuela, Perú y otras de por ahí. República quiere decir publicidad y civilidad. Si los actuales tiranuelos pretorianos de España tuviesen que echar al rey para sostenerse no por eso habría república en España. Aunque se llame republicano un régimen pretoriano, de mercenarios de las armas, que convierte a los verdugos en jueces y hace de la política policía, no es república. Proclama el principio de autoridad, el orden, pero es para ahogar el fin de autoridad, la justicia. Y lo envenena todo. Vea como el mismo régimen implantado en Perú y en Chile está envenenando el pleito del Pacífico. En provecho, claro! del imperialismo puritanesco yanqui, que enseña como Colón, que el oro es excelentísimo y va al rescate del Santo Sepulcro del petróleo.

Y vea usted que hoy, en España, los cruzadistas, los tradicionalistas de la tradición carlista y felipista, truecan contra Méjico y se enternecen por los Estados Unidos a pesar de lo de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Los que no piensan todavía en expiar el asesinato del noble tagalo Rizal—el crimen de la Regencia—buscan ciertos apoyos, siquiera financieros, en los Estados Unidos. Y he conocido cierto fraile español, que pasó años en Méjico, que se exaltaba hablando de la cruzada marroquí contra el infiel sarraceno y rendía culto a Maximiliano de Habsburgo, el que fué emperador de Méjico. Otro retoño de Carlos Quinto!

Vea usted, pues, como todo se enlaza y como la causa patriótica de España, de la España de aquí, es la misma que la causa patriótica de esas Españas, sus hermanas, acechadas una y otras por el imperialismo que surgió de la Reforma y de la Contra-Reforma, del luteranismo, del calvinismo cromwelliano y del jesuitismo. Y el cristianismo? Este no le veo. Como no lo restauren ahí y a la india!...

Le escribo esto aquí, en la frontera misma, a la vista de Fuenterrabía, en que se alza junto a la iglesia, la ruina, envuelta en sudario de hiedra, de un castillo de Carlos Quinto, en que moró su madre la Loca. Entretengo mis forzados ocios haciendo poesías. Le mando uno de mis últimos romances por si quiere publicarlo.

Y gracias, gracias por todo. Muy su amigo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

¿Cuándo nos veremos? ¡Qué ganas tengo de conocer esas patrias! Pero no en jira de conferencista espectacular!

Hendaya
12 VI 1927

Voy contando los segundos...

Voy contando los segundos del desvelo por la noche con los golpes que en el pecho me da el corazón; recoge la ponzoña que me cría en la sangre, ya más pobre, la afrenta con que mi España en el silencio se esconde soportando de sus amos burlas e injurias soeces; la más soez el tratarla de buena chica, conforme, de pupila resignada con su oficio, nada noble. Mas cuando el sol fronterizo me manda desde los montes de la patria su saludo, tras remachar eslabones del peso que es la cadena de mi pensar, luego entonces abro las páginas prietas—¡qué de cosas me responden!—de tu Divina Comedia, Dante mío, tú, mi hombre, compañero de infortunios y de ensueños y razones. Si es que te mostró el destierro el Infierno desde el borde de la vida, recibiste los divinos resplandores del Paraíso soñado gracias al destierro, donde la patria se hace celeste limpiándose de su podre de poder en servidumbre y de ordenanza en rencores. Mi España de tras el mundo, duda que a Dios le corroe, ¡jay mi divina tragedia! eterno anhelo sin nombre; desesperada esperanza; sol que sin cesar se pone en las tinieblas, su madre, la eternidad de la noche sin estrellas y sin luna; seno silencioso, enorme de abismático reposo donde la inquietud se ahonde, ¡jay mi España! el imposible siempre más allá, el informe sueño, de un Tras Dios, la gana de más que todo, del molde de universos soñaderos y del sueño mismo molde. De querer tanto, mi España, tu querer no tiene en donde!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Hendaya.
Mayo de 1927.

La obstinación de las mujeres

=De *La Nación*. Buenos Aires=

Los hombres dicen que las mujeres son obstinadas y caprichosas. Es posible que tengan razón. Pero la verdad es que nadie se encapricha solo: no puede haber un obstinado sin que haya otro. Serán caprichosas las mujeres, pero los hombres no lo son menos; y, para demostrarlo, voy a contarles una historia, un antiguo cuento de vidriera gótica, que anduvo en la tradición de nuestras veladas familiares, que procedía de alguna anécdota italiana o bretona del siglo xv, y que yo, al hojear mis viejos papeles, nunca recuerdo sin una sonrisa. La historia—van a verlo—es divertida y tiene la gracia ingenua de las miniaturas de un códice medieval.

En los tiempos en que los hombres se vestían de hierro y las mujeres de gracia religiosa y de candor (en plena Edad Media), un labrador joven, llamado Pedro, que había casado hacía poco con la hija de otro labrador, antiguo vecino suyo, llamada Sancha, vivían en el feraz Ribatojo—rico en manadas de bueyes y en tropillas de caballos—en una pequeña casa que quedaba en la encrucijada de cuatro caminos y que parecía, vista de lejos, una paloma blanca posada sobre un gran ribazo verde. Labradores, nacidos en tiempos casi patriarcales y, además, recién casados, Pedro y Sancha acostumbaban acostarse temprano. Aquella noche, apenas las sombras cayeron sobre la tierra y los ruiseñores comenzaron a cantar, Pedro, que acababa de recoger el ganado, miró a Sancha; Sancha, que hilaba sentada en el umbral de la puerta, miró a Pedro; se entendieron sin hablar, porque bastó que hablasen los ojos; y, tomados del brazo, risueños, felices—la robusta y sana felicidad de la naturaleza en flor—entraron en la casa, resueltos a acostarse más temprano y a dormirse más tarde aun que de costumbre.

Yo no sé si os hacéis idea, por las láminas de los viejos libros iluminados—sobre todo de los calendarios y de los libros de Horas medievales—de lo que era, en la Edad Media; la habitación de un labrador rico. Todo junto—con la bodega, el lagar, el establo, la alquería donde se guardaban las herramientas del trabajo, los graneros llenos de cruces como pequeñas capillas—ocupaba gran espacio; pero la casa de habitación era tan pequeña que—decían ellos—cabía en la palma de la mano de Dios. Un aposento apenas, y en ese aposento de bárbara mampostería no había lugar más que para la chimenea, que era la comodidad; para el lecho, que era el descanso; para el arca, que era la abundancia; para el oratorio, que era la fe. En la casa de Sancha y de Pedro la chimenea casi sobraba para el sustento de los dos, porque cenaban con una taza de caldo y una escudilla de miel; en compensación, el lecho, con dos o

tres almadaques, cubierto con una colcha de paño rojo de Granada, era lo bastante ancho como para no obligarlos a dormir abrazados cuando no hicieran eso por su gusto; y, para que todo estuviera de acuerdo, el oratorio—un pequeño tríptico de Flandes herencia de padres y de abuelos—estaba colocado sobre un arca con groseros herrajes de Guimaraes, como si los dos esposos hubiesen querido reunir en el mismo rincón del hogar los bienes del cuerpo y los bienes del alma, que son, como quien dice, la riqueza y la oración. Ahora bien; aquella noche—como todas las noches, después que los casó el cura—fué a ese hogar humilde que Pedro y Sancha se dirigieron, con la alegría fecunda y con la ingenua sencillez con que los pájaros se abrigan en sus nidos y las fieras en sus cubiles, para besarse y amarse en la paz del Señor.

Estaban ya acostados, castamente desnudos, como para los esposos cristianos lo ordenaba la moral canónica de la época, y matrimonialmente cubiertos por su gran colcha roja mudéjar, cuando Pedro se dió cuenta de que la puerta de la casa estaba abierta.

—Dejaste la puerta abierta—le dijo a su mujer.

—No fui yo, fuiste tú—respondió Sancha, verificando que, en efecto, por la rendija de la puerta se veía el cielo estrellado.

—Sí, que fuiste tú, y en castigo has de ir a cerrarla.

—Eso sí que no. Tú que dejaste la puerta abierta es que debes ir a cerrarla.

—¡Oh, qué mujer caprichosa!

—El caprichoso eres tú.

—¿Qué te cuesta ir a cerrar la puerta?

—No voy.

—Pues entonces, que quede abierta porque yo tampoco iré.

Hay tres cosas, dice un poeta árabe, que difícilmente se vencen: un buen castillo, un buen caballo y la obstinación de una mujer. Pedro le volvió bruscamente la espalda a la muchacha, dispuesto a dormirse sin hacerle caso. Por la puerta entreabierta veíanse las estrellas, cada vez más brillantes y oíase mejor el canto de los ruiseñores. Después de algún momento Sancha, que se había acostumbrado a no dormirse mientras los besos de su marido no le cerraban los ojos, se le acercó a Pedro, lo enlazó en sus brazos y le dijo con ternura:

—Anda a cerrar la puerta, anda...

—Ve tú. Te voy a probar que no eres más caprichosa ni más obstinada que yo.

—Pues hemos de ver cuál es más. Pero fíjate que yo soy mujer...

—Yo, yo soy hombre... Quien ha de cerrar la puerta eres tú.

—Sólo que me obligues por fuerza.

—No es preciso.

—Pues entonces, o la cierras tú o queda abierta

—Pues aunque entre un lobo en la pieza yo no me levanto de la cama.

—Pues yo, aunque arda la casa, tampoco me levanto.

—Veremos. ¿Quieres hacer una apuesta conmigo para que quedemos en paz?

—Quiero.

—El primero de los dos que hable irá a cerrar la puerta. ¿De acuerdo?

Sancha, temiendo perder, ya no habló más. Pero dijo que sí con la cabeza, con tal expresión de júbilo y tal convicción de que la victoria, en aquella divertida apuesta, le pertenecería a ella, que el compromiso quedó hecho, y en silencio, como si fuese el sello del pacto, un largo beso de Pedro cerró la pequeña boca de Sancha, fragante y roja como una flor.

Pasó el tiempo. No sé cuánto—media hora, una hora. Pedro y Sancha se habían amado, con el robusto y religioso furor de dos esposos medievales, pero no se habían dicho una sola palabra, ni habían sentido la necesidad de pronunciarla. Cuando los besos son elocuentes, las palabras están de más. Los dos tenían la costumbre de rezar en voz alta antes de dormirse; pero aquella noche, ambos acostados de espalda, con las manos juntas y alzadas, como pastores bíblicos en adoración, rezaron mentalmente, sin siquiera mover los labios. ¿Qué importan las palabras cuando es grande la fe? Convencidos de que, al fin de cuentas, el hablar es menos preciso para vivir de lo que ellos mismos se imaginaban, se durmieron en la paz de Dios, tranquilos y felices.

De pronto, apenas habían cerrado los ojos, los despertó un fuerte ruido. Cascos de caballo escarbaban frente a la casa; oíase el ferrear de una armadura; el hierro de una lanza golpeó la hombrera, y desde afuera, una voz fuerte y ronca gritó:

—¡Oh, de la casa!

Era un caballero, revestido con sus armas y montado en un caballo bardado de hierro, que venía de camino y que llegado a aquella encrucijada de cuatro senderos, hesitó respecto de cuál de ellos debía seguir. Encontró una heredad; por la rendija de la puerta abierta veíase luz; golpeó. Pero por más que golpease y volviese a golpear, no obtuvo respuesta. «¿Qué ¿no habrá nadie aquí?», pensó para sí. Impaciente, dió con la contera de la lanza contra la puerta, y la puerta se abrió de par en par. A la luz humeante del candil vió una chimenea cariñosa, un lecho atrayente, un retablo flamenco cuya imagen parecía tenderle los brazos hospitalariamente. Inclínose sobre el cuello del caballo para ver mejor y le pareció notar que en el lecho dormía alguien.

—¡Oh, de la casa!—gritó el caballero.—¿Cuál es el buen camino para ir al castillo?

Pero los dos bultos, que estaban de espaldas sobre la cama, no se movieron, ni hablaron. «Están durmiendo profundamente—pensó el hombre de armas;—tengo que apearme del caballo para ir a despertarlos». Y así como lo pensó lo hizo. Aquella torre blindada, que era un caballero del siglo xiv, revestido de todas armas menos del baci-

nete (que se colgaba del arzón de la silla y se lo substituía durante la marcha por un alto gorro de lana negra), bajó de la montura, ató las riendas a una argolla de bronce soldada en la gruesa sillería de la pared, apoyó la lanza junto a la puerta, y entró en la casa del labrador golpeando con los borceguíes de hierro los ladrillos del piso. «Con este barullo—se dijo—por fuerza han de despertar». Cuál no fué, sin embargo, su asombro cuando al acercarse al lecho vió a un hombre y a una mujer acostados de espaldas, inmóviles, con los ojos abiertos, y tan despiertos como él mismo.

—Por la Santísima Virgen, ¿si estáis despiertos por qué no me respondéis?

Pedro y Sancha lo miraron; después se miraron el uno al otro; volvieron a mirar al caballero, y permanecieron silenciosos. En la quietud profunda de la noche, sólo se oía afuera, en los bosquecillos, el canto de los ruiseñores. Cada vez más admirado el hombre de armas, pensando que los habitantes de aquella casa eran ambos mudos, se aproximó más a la cama y les gritó en los oídos con toda la fuerza de sus pulmones:

—Amigos, ¿cuál es el mejor camino para ir al castillo?

Sancha volvió a mirar a Pedro; Pedro volvió a mirar a Sancha; miraron otra vez los dos al caballero, y permanecieron mudos, impasibles, como si nada hubiese en ellos. De pie junto al catre, con los brazos cruzados, con el gorjal y las brafoneras de hierro reluciendo con la llama del candil, el hombre de armas también los miraba, sin saber qué pensar de aquellas dos singulares criaturas, inmóviles y silenciosas como las estatuas yacentes de un túmulo. ¿Serían sordos? ¿Serían mudos? ¿Serían locos? ¿Estarían burlándose de él? Le pasó por la cabeza, como un relámpago, la idea de blandir la espada sobre la cabeza de ambos para ver si el temor de la muerte les hacía hablar. Advirtiendo mejor, sin embargo, la belleza y la juventud de la mujer, que seguía mirándolo con una sonrisa a la vez inquieta y graciosa, como la de la Virgen dorada de Amiéns, pensó que había una manera más agradable de arrancarla a su obstinada mudez, e inclinándose sobre el lecho, la besó en la cabeza. Pero ¡oh asombro!, la mujer y el hombre no se movieron, ni sus labios se abrieron para decir una sola palabra. Al beso en la cabeza lo siguió un beso en la cara. Y, al beso en la cara, la misma inmovilidad y el mismo inexplicable silencio.

—Oh, sí, ¿eh? ¿No queréis hablar? Pues si he de ir en busca de otra posada, prefiero pasar la noche en vuestra cama.

Marido y mujer se miraron una vez más el uno al otro, y se mantuvieron mudos. Entretanto, el caballero, hombre joven y vigoroso, a quien la aventura ya empezaba a interesar, comenzó con el mayor desenfado a quitarse las armas y las ropas. Se libertó de los rebrazos y avambrazos refulgentes; descalzóse las pesadas balugas de hierro, sacóse la fuerte cota de mallas de

Milán; y, sin que los dos esposos abrieran la boca para protestar, se coló en la cama al lado de Sancha, desnudo como las figuras iluminadas de Adán que lucen, sobre fondos de oro bruñido, en los negros libros medievales.

A la madrugada, cuando ya comenzaba a azularse el cielo y se iban apagando una a una las estrellas, cuando el caballero vió que era hora de seguir viaje, se levantó del lecho donde había dormido al lado de aquellos dos entes mudos e insensibles como las figuras de piedra de una catedral. Se vistió la cota, se arrodilló frente al oratorio para rezar las oraciones de la mañana, llevóse a la boca un cántaro de cobre lleno de vino que encontró junto a la chimenea, vistióse de armas, tomó la lanza y salió, no sin antes haber besado una vez más a la hermosa y silenciosa mujer que Dios o

el diablo le habían dado por compañera aquella noche.

Cuando el tropel del caballo se hubo alejado en el camino lleno de sol, Sancha se sentó de golpe en el lecho, y llena de indignación, fingida o verdadera, increpó al marido.

—¡Testarudo, sinvergüenza! ¿De modo que has consentido que un hombre durmiese toda una noche junto a mí?

—¡Al fin!—gritó Pedro con la mayor serenidad del mundo.—¡Hablaste, ve a cerrar la puerta!

El cuento es viejo. También Anatole France contó muchas veces antiguas historias para darles una moraleja nueva. Yo apenas he querido decir que los hombres, casi siempre injustos, no tienen razón cuando llaman caprichosas a las mujeres; porque, en realidad, son aun más obstinados que ellas.

JULIO DANTAS

Lisboa, abril de 1927.

Traición y escepticismo del doctor Núñez

y 2. Véase el número pasado.

VIMOS en el artículo anterior que el liberalismo político del doctor Núñez difería muy poco o no difería nada del liberalismo político del partido conservador, como él mismo lo sentía cuando escribió: «Juzgamos practicable la organización de un partido numeroso que tenga por objetivo inmediato la reforma de la Constitución, no sólo porque esa reforma es hoy de reconocida urgencia generalmente, sino porque en los puntos fundamentales no hay, en nuestro concepto, divergencias inconciliables.» Ese partido numeroso fue, como lo vimos antes, el *partido nacional* a cuyo cargo estuvo la reconstitución de la República.

Vamos a ver ahora el proceso de rectificación ideológica de esa poderosa mentalidad que fue el doctor Núñez. Pero antes digamos que el llamado escepticismo del doctor Núñez no consistía en la negación de las verdades superiores ni en la afirmación de la imposibilidad de alcanzar el conocimiento de ellas. El doctor Núñez dudaba tal vez; pero dudar es ya reconocer en cierto modo la existencia de aquello de que se duda y empezar la posibilidad de alcanzarlo. Nadie, a menos de ser un insensato, busca lo que da por sabido que no existe o que no hay medio de descubrirlo. Pero es mejor oír a un consumado maestro sobre la duda en general y la particular del doctor Núñez:

«Hay varias clases de duda. Una es la que llamó metódica Renato Descartes cuando prescindió ficticiamente del saber de todos los conocimientos humanos, a fin de buscarles un fundamento universal, que Descartes creyó haber hallado.

»Otra duda o escepticismo es el de Só-

crates, cuando decía que todo su saber se reducía a nada, palabras parecidas a las del Eclesiastés, y derivada del cúmulo de ignorancias que por doquiera agobian al entendimiento.

»Otra duda es la de Montaigne, expresada en la fórmula «Qué sé yo», análoga a la duda socrática, pero mezclada con una especie de desaliento, o de cierto indiferentismo lírico, aunque no reñida con la fe católica, una vez que puede comprobarse que Montaigne no abandonó la misma fe.

»Y otra duda, de un orden muy diferente, es aquella que parece subir de la capa de hieles que depositan en el corazón las pesadumbres y los desengaños, estado que alguno expresó diciendo que el hombre es lobo para el hombre, pero que el cristiano adoba con el bálsamo de la caridad, diciendo: «Sigamos el viaje hacia la muerte, amando a los hombres, pero sin confiar demasiado en su amistad; porque los hombres se van, regresan y vuelven a partir; mirémoslos como pluma que flota en el aire, y no veamos sino a solo Dios en ellos.

«Si se atiende bien el ponderado escepticismo del doctor Núñez, puede talvez compararse a la duda socrática o a la duda de Montaigne y en este caso no se confunde con la rebeldía mental de los incrédulos... sino con el cansancio espiritual de quien ha estudiado mucho los hombres y contemplado muy largo los problemas dentro de los cuales se desenvuelve la historia y se agitan las agrupaciones políticas»¹.

1. Sueños de Luciano Pulgar, T. V, pág 248 y 249.

Ahora oigamos al mismo doctor Núñez:

«El movimiento de las sociedades humanas está sujeto a leyes providenciales permanentes, de la misma manera que la vida fisiológica de cada uno de sus miembros.»

«El desarrollo moral es la síntesis final del progreso en todas sus formas.»

«Todas las grandes instituciones, aun las que a distancia nos parecen más absurdas, han tenido su razón de nacer y de existir.»

«Estas seis palabras: justicia, seguridad, orden, estabilidad, libertad y progreso, tienen para los filósofos un mismo e idéntico significado.»

«En materias políticas y sociales la exactitud de los principios no es matemática, sino sólo aproximada y relativa.»

«Este somero y muy imperfecto bosquejo de la sociología fue trazado por nosotros antes de que hubiésemos leído a Herbert Spencer. Esa lectura... nos afirmó en nuestras conjeturas y les dio toda la amplitud y el rigor de convicciones profundas, vivas y definidas.»

Comentando esas proposiciones, dijo don Marco F. Suárez:

«Para el doctor Núñez la evolución social, o lo que es lo mismo, el adelantamiento de los pueblos, no es fenómeno fatal, sino resultado de la pródiga acción del Altísimo, que desenvuelve perennemente el progreso del género humano por medio de la justicia. La justicia es la correspondencia indefectible entre la moralidad de los actos humanos y sus consecuencias de exaltación o decadencia. Por eso los gobiernos que infringen la justicia, tarde o temprano lo expían y aceleran a su pesar los fallos divinos.»

«La intervención de la Providencia en los hechos y acontecimientos sociales es constante y en ocasiones evidente, según el presidente Núñez.»

«El doctor Núñez interpreta al sociólogo Spencer, no sabemos cuán exactamente, con sentido cristiano, pues no vacila en afirmar que del ejercicio de la caridad es de lo que Spencer se promete el perfeccionamiento moral, y aun traduce el pensamiento del filósofo en esta forma: «Cuando cada hombre ame a su prójimo como a sí mismo, la perfección quedará consumada», lo cual para el doctor Núñez es cristianismo puro.»

Esto no era, como bien se comprende, «cristianismo puro», pero «luminoso punto de partida», para llegar a la verdadera fuente del cristianismo.

Insistiendo sobre la evidente intervención de la Providencia, decía el doctor Núñez: «En lo que menos pensaba (el general Mosquera) era en abrir al partido liberal, vencido y diezmado, e implacable enemigo suyo, el camino del poder público; pero el hombre se agita y Dios lo conduce.» El escéptico doctor Núñez creía, pues, en Dios, en su providencia y en el influjo de las ideas morales para civilizar a los pueblos. «Hay, pues, decía, una

verdadera fuerza moral que gobierna a los hombres y que sólo velan ilusorios accidentes; y los partidos que obran con desconocimiento de esa fuerza caminan al suicidio.»

Refiriéndose a la influencia religiosa en la sociedad, escribió: «Allá (en Francia), como aquí, se reprodujo en máximas dimensiones la fábula de Prometeo que representa el castigo impuesto a la curiosidad y presunción excesivas de la hormiga humana. Aquí la ignorancia de las masas era casi absoluta, y se emprendió la insensata tarea de debilitar la influencia y la acción del sentimiento religioso que, entre nosotros, está única e invariablemente representado en las creencias católicas. Con el pretexto de combatir preocupaciones y errores, nuestra política desnudó, descarnó y disecó casi todo el sistema moral, echando en olvido lo que podemos llamar el pudor de los hechos, y el límite inevitable que tienen los dominios de la razón humana.»

Y también escribió: «Si el liberalismo está en razón inversa de la fe religiosa y en razón directa del materialismo, nos declaramos fuera de su comunión, porque preferimos ascender a descender; buscar al ángel y alejarnos del gorila.»

Apoyando su manera de pensar citó la alocución de despedida del presidente Washington:

«Religión y moralidad son fundamentos indispensables de todas las disposiciones y hábitos que conducen a la prosperidad pública. Inútilmente buscará actos de patriotismo aquel que trabaje por subvertir estos grandes cimientos de la felicidad humana, estos firmes baluartes de los deberes del hombre y del ciudadano. Tanto el simple político como el creyente deben de consuno hacerlos objeto de veneración y amor...»

«Por mucho que se conceda a la influencia de una refinada educación sobre espíritus de peculiares confesiones, la razón y la experiencia nos vedan esperar que la moral nacional pueda mantenerse con exclusión de los principios religiosos.»

Comentando esa cita dijo: «Pero el colaborador de *La Reforma* no expediría a Washington diploma de liberal; de la misma manera que un hotentote no aceptaría como belleza la Venus de Praxiteles, ni las Concepciones de Murillo.»

Por la misma época, decía: «Tocqueville describe con mano maestra los efectos que produjo en Francia, a fines del siglo pasado, el progreso de la incredulidad, a la cual atribuye los horrores y desastres de la gran revolución. Esa incredulidad obró más aún sobre los espíritus, dementándolos, que sobre los corazones corrompiéndolos. Observa ese profundo escritor que cuando la religión abandona las almas, de éstas se apoderan sentimientos inhumanos que las mantienen en artificial ardor; y que la abolición del orden civil y del religioso en Francia hizo perder el equilibrio al espíritu humano.»

En esos mismos días y sobre los mismos temas escribía: «Leibnitz se declaró convencido de que la difusión creciente del espíritu de examen y la decadencia del espíritu público entre las clases elevadas provocarían una revolución general en Europa, porque los sentimientos de orgullo con que se trataba de reemplazar la moral, no serían suficiente dique contra el estrago... Los milagros del a gracia son para Leibnitz inestimables. Y él mismo fué un ejemplo, porque se sabe que era uno de esos espíritus que hacen presentir y adivinar, por su poder, el poder e insondable profundidad de la naturaleza humana.»

Claramente escribió entonces: «El fanatismo no es la religión, sino su extravío, como la demagogia no es la libertad; pero entre la religión y la moral hay indisoluble lazo. El materialismo es el brutal bípedo humano: Heliogábalo, Luis XV, Marat. El espiritualismo es el arcángel: Vicente de Paúl, Pedro Claver, el obispo Biffi. No negamos la posibilidad de altísimos sentimientos morales sin definidas creencias religiosas; pero sobre esto ocurren también equivocaciones, porque no es fácil hacer observaciones en el recóndito seno de la conciencia humana. Littré, por ejemplo, fué considerado en vida como materialista puro, como representante superior de la escuela positivista, y se reconocía en él, conjuntamente, un tipo de convicción moral completo; al morir, sin embargo, y sin pavor ni zozobra, sino con serenidad estoica, imprimió un ósculo ferviente en la efigie de Cristo. Admitimos, empero, la posibilidad aludida, pero como excepción. En los jóvenes, principalmente, la ausencia de fe religiosa hace muchos estragos morales; algunos de los que se encuentran en este caso y que hemos podido tratar de cerca, nos han horripilado en verdad, por su carencia de generosas emociones. Son como los frutos que prematuramente carcome el gusano.»

Replicando a un colaborador de *La Reforma*, decía: «En seguida viene la hojarasca habitual en forma de interrogatorio. ¿Qué piensa el doctor Núñez del libre albedrío, qué del libre examen, qué de la supremacía del poder civil, qué de la república genuina? No sabíamos que el libre albedrío y el libre examen fueran elementos de programas políticos. A nuestra vez, preguntamos al puritano liberal: Cree usted en el alma? ¿cree en Dios? ¿es usted católico, protestante, judío, mahometano? ¿deja de ser liberal el que se confiesa y oye misa? El ideal republicano es seguramente para el colaborador a que nos estamos refiriendo la algarabía que publica actualmente un papel de Bogotá, que es como eco del nauseabundo *Père Duchesne*, de París. Allí está sin duda la síntesis ética del tal colaborador, que tanto se preocupa con el libre albedrío y el libre examen. Bueno! hay, pues, efectivamente un abismo entre nosotros, y puede el colaborador de *La Reforma* declararnos cuantas veces quiera desertores y apóstatas.»

De las consecuencias del irrespeto a las

leyes morales, decía: «Así como la práctica de la justicia ennoblece, la práctica de la iniquidad degrada. Para Dios, que lee en lo íntimo de los corazones, hay siempre más infortunios en el alma de un opresor que en el alma del oprimido, en el alma del magnate, que en el alma de un esclavo. Un gran poeta ha dicho: Cuando un tirano ata un extremo de la cadena al cuello de su víctima, la Providencia ata el otro al cuello del tirano».

Hablando del poder del clero en el nuevo régimen constitucional, escribía: «El poder eclesiástico, sin otras armas en lo sucesivo que las de la persuasión, tiene por órbita inviolable el asentimiento común. Su gobierno sería por tanto de verdadera opinión, porque no tiene para desvirtuar ésta, ninguna de las influencias seductoras o coercitivas de que disponen los gobiernos civiles. Es pura jactancia suponer que ese poder espiritual sea embarazo a la verdad, porque tal afirmación presupone que hay otro criterio, y criterio infalible, con qué reemplazarlo y juzgarlo... Aquí se olvidaron estas verdades. En lugar de la regla común superior, tuvimos el imperio desordenado de inteligencias primitivas, en medio de la profunda ignorancia de masas medio salvajes. La pirámide quedó invertida, y para enderezarla necesitamos el concurso de todo cuanto conduzca a restablecer la unidad moral que es esencia de toda unidad.

La unidad es fuerza, vigor, como la dispersión es debilidad creciente. La dispersión que no está neutralizada por algún lazo íntimo, es además anarquía y ruina. En los Estados Unidos la federación es unidad, porque allí se partió de la dispersión, y esa unidad exterior se encuentra robustecida por el sentimiento religioso, que es el solo compensador eficaz del disolvente egoísmo. Las ciencias son terreno movedizo, porque en ellas preponderan las hipótesis. *El escepticismo por ser negación, nada crea.*

Las citas de los escritos del doctor Núñez, que, como las de nuestro primer artículo, hemos tomado de los *Sueños de Luciano Pulgar*, parecen suficientes para llevar a los espíritus que buscan la verdad de buena fe, la convicción de la falsedad del cargo de escepticismo hecho al doctor Núñez. No, no fue escéptico, pero tampoco católico. En su larga ausencia de Colombia y en la tremenda campaña de más de diez años contra la demagogia radical y descreída que oprimía a su patria, su espíritu progresivo y la sinceridad con que buscaba la verdad lo llevaron, sin duda, al catolicismo. El doctor Salvador Camacho Roldán refirió en París al doctor Carlos Holguín, «que habiendo encontrado al doctor Núñez enfermo en Anapoima, en 1875, se lo llevó a su hacienda de Utica, donde durante un mes de permanencia, había conversado con él en la mayor intimidad de día y de noche y que a su regreso a esta ciudad, había dicho a sus amigos más allegados: «Núñez es un conservador y un católico profundamente convencido».

La perspicacia e ilustración del doctor

Camacho Roldán no nos permiten pensar que pudo confundir el cristianismo spenceriano del doctor Núñez con el catolicismo, y su liberalismo político con el conservatismo, pero el doctor Núñez estaba entonces bajo la influencia de las doctrinas del célebre filósofo, «luminoso punto de partida». Mas veinte años después, el ilustrísimo señor Biffi, pudo decir en su oración fúnebre: «Lo que yo puedo decir, por el trato familiar que me concedió este ilustre varón, y por las conversaciones privadas que tuve con él, es que se vió en él por modo particular la obra de la gracia del Señor... Pero la luz no llegó a él como el rayo que aterró a San Pablo y lo cambió repentinamente de perseguidor en vaso de elección. No, su genio no se rindió sino después de una lucha muy viva; entre sus ideas antiguas y el sentimiento cristiano se trabó la pelea, pero su sano criterio y la gracia del Altísimo, fueron poco a poco, piedra por piedra, derribando el edificio del humano orgullo, hasta que al fin la gracia triunfó, y Núñez, lleno de entusiasmo, dijo, *yo creo...*»

Entre las citas que nos hemos permitido agrupar, hay una que llama vivamente la atención: aquella en que refiere el caso de M. Littré. No es menos significativa la reminiscencia de los pensamientos de Leibnitz sobre la exageración del libre examen e influjos de la gracia. Pero cada una de esas citas tomadas de los escritos publicados por el doctor Núñez en la plenitud de su vida intelectual y durante 30 años (1864—1894) es una afirmación, ora de la Providencia y su intervención en el gobierno de las sociedades humanas, ora de la existencia de un orden moral, ora de los sentimientos religiosos como medios de civilización, ora del indisoluble lazo entre la religión y la moral, ora de los desastrosos efectos de la incredulidad en los pueblos, dementándolos más que corrompiéndolos, ora de Dios que lee en lo íntimo de los corazones y ata al cuello del magnate el otro extremo de la cadena que éste ató al de su víctima. Un hombre que tales afirmaciones estampó en sus escritos no podía ser escéptico; pudo no ser católico, pero la sinceridad de su carácter y la lógica de su entendimiento lo llevaron naturalmente al catolicismo.

Pero aun suponiendo que en algún tiempo hubiera sido escéptico o radical, ¿le estaba prohibido rectificar sus ideas y cambiar de rumbo? De ninguna manera. La Ley del entendimiento es la verdad: como la de la voluntad el bien. Buscarla con tesón y sinceridad perfecta es un deber moral, y también la mayor de las satisfacciones espirituales llegar, por entre los zarzales del camino, a la deseada meta. Sólo los asnos no cambian de ruta, dijo alguien. Tampoco abandonan la del error los espíritus obsecados, víctimas de la soberbia, aferrados a sus negaciones, imposibles elementos de progreso.

Cuando alguien, en el Reichstag, increpó al Príncipe Bismarck por haber desertado

del campo que en 1848 había defendido, contestó gallardamente, que él se sentiría profundamente afligido si cuando todo hubiera progresado en Alemania sólo él hubiera permanecido estacionario. Y Mr. Gladstone contestando a parecida inculpación, dijo, más o menos: En aquel tiempo yo estaba bajo la influencia de la Universidad de Oxford y de la del gran Canning; libre de ellas mi espíritu ha seguido la marcha progresiva de la Gran Bretaña.

Y el doctor Núñez escribió también:

«Es en Inglaterra también, por análogos motivos, donde se ofrece el fenómeno de la franca deserción de un hombre político importante de las filas en que militaba. M. Disraeli comenzó siendo liberal y murió de conductor del partido contrario. M. Gladstone comenzó a la inversa siendo conservador y hoy es «leader» del partido liberal; se recuerdan ahora, en presencia del discurso de Mr. Gladstone, sus opiniones de hace cuarenta años, cuando llegaba su intolerancia hasta oponerse al bill de emancipación de los católicos. El ha progresado y se halla en campo netamente liberal. Cuando esto anunciamos, no hacemos la apología de las metamorfosis políticas, sino sólo tomamos en cuenta los hechos. Esas metamorfosis, si son desinteresadas, son sinceras, y, por lo mismo, respetables y aun útiles, como todo lo que es natural y verdadero.»

EREMITA

Nota.—El autor de estos artículos vuelve a advertir que todas las citas, que son el fondo de ellos, han sido literalmente tomadas de los *Sueños de Luciano Pulgar*.

Señales de los nuevos tiempos Una muy honrosa solicitud

JORNAL DO BRASIL

110 e 112, Avenida Rio Branco

Río de Janeiro 9 de junio de 1927

Sr. Director

REPERTORIO AMERICANO

Costa Rica

Distinguido colega:

Habiendo resuelto intensificar el movimiento de aproximación inter-americana que hace años realiza este Diario inspirándose en ideales superiores, y deseando que el personal de redacción del mismo se imponga mejor que hasta la fecha de los sucesos que se desarrollan en esa República hermana, me tomo la libertad de dirigirle las presentes líneas solicitando el envío de su importante hoja.

No dudando alcanzar benévolo acogimiento, ya he impartido las órdenes oportunas a fin de que *Jornal do Brasil* sea enviado a Vd. con la mayor regularidad, desde el día de hoy.

Aprovecho la ocasión para ponerme enteramente a sus órdenes en esta ciudad, rogándole quiera aceptar las protestas de sincera estimación intelectual de su

Att. ss.

BARBOSA LIMA SOBRINHO
Director.

Página lírica

de Agustín Acosta

Cuba, Jagüey Grande, 30 de junio de 1927

A García Monge,
en Costa Rica

Amigo estimadísimo: Recibo con grata puntualidad el querido *Repertorio*. No sé cómo agradecerle tal gentil envío. Le incluyo una página para que me honre con su publicación en ese exponente de la alta cultura de América. Y le envío también mi retrato como un recuerdo. Queda suyo amigo y admirador afectísimo,

AGUSTÍN ACOSTA

Sueño de opio

Absorberé tu sueño, opio, sobre la estera...!
La garçonnière azul era de paraíso.
Las garras del dragón el tapiz destrozaban,
y rompían el humo hacia nuestras cabezas.
Un Buddha verde, arriba, parecía una rana.
Absorberé tu sueño, opio, sobre la estera.
Entre el humo del sueño se dormía la lámpara...
Hechos humo, los sueños eran niebla en los cuadros.
Se rompía a pedazos el recuerdo; y el alma
era novia fugada a los humos azules...
Un Buddha verde, arriba, parecía una rana...!
Absorberé tu sueño, opio, sobre la estera.
Alguien que no existía era de frente pálida
y de labios azules... Alguien que no existía
sino en el humo azul era de frente pálida...!
Entonces el dragón se hizo todo de humo,
y en el sueño clavó sus garras.
El alma fugitiva retornaba a su cárcel.
¿Absorberé tu sueño, opio, sobre la estera?

La balada del viajero sombrío

Se detendrá a mi puerta un viajero en la noche.
Yo le diré:—Vuelva mañana!
Y será sólo un punto allá lejos,
una sombra en el alba.
Tocarán a mi puerta—pleno sol—tres viajeras.
Yo les diré:—Vuelvan mañana!
Y serán como puntos luminosos, lejanos
en la noche cerrada.
Todos los que algún día hagan alto en mi puerta,
podrán oír:—Vuelvan mañana!
Yo seré la esperanza que contesta a las sombras:
a las sombras que pasan...
Pero un día vendrá una sombra de sombra,
sorda al amor y a la esperanza;
y no podré decirle con mi voz dilatoria:
Vuelva mañana...!

La estrella de anoche

Esa no es la estrella de anoche:
han cambiado sus luces mejores.
No es la misma la sombra aquella,
ni el blanco jardín es el mismo.
Anoche se murió una estrella:
yo la ví caer al abismo.
Esa no es la estrella de anoche:
han cambiado sus luces mejores.
Alta, dormida en el sendero,
fascinaba su claridad...
Yo seguía mi derrotero
hacia el invisible lucero
sepultado en la eternidad.
Esa no es la estrella de anoche.

La parábola del dolor que se aleja

Se le vió, tras la sombra, alejarse un momento:
nadie lo quiso detener...
Se dijera que iba cabalgando en el viento:
nadie lo quiso detener.
Pero soltó la brida del viento hacia nosotros,
rugió en la noche su poder;
opusimos la valla del alma, pero nadie,
nadie lo pudo detener...!

Las verdades vencidas

Las ovejas sabían su suerte. Y eran blancas...
Blancas como quien sabe dar frente a la verdad.
Verdades tristes, blancas, copiaban el crepúsculo
en sus pupilas de humildad.
Las ovejas sabían su suerte. El carnicero
odia la sorda angustia de la resignación.
Las verdades cayeron vencidas: eran blancas...
Era blanco su corazón...!

La amarga labor

Con la cabeza muerta sobre el pecho cerrado,
inicio mi amarga labor.
La verdad es hermana de la muerte—me dicen.
Y sigo mi amarga labor.
La verdad es hermana de la muerte! No busques
una, porque la otra está a su alrededor.
Con la cabeza muerta sobre el pecho cerrado,
prosigo mi amarga labor...
Cuando venga el espanto me verá todavía
en la amarga labor.
La verdad es hermana de la muerte—me dicen
Mas no es inútil mi labor...!

El obscuro combate

Ya estaban lejos los bronce
malditos. Sobre los muertos
ya no volaban los ángeles.
Sólo volaban los cuervos
sobre los muertos malditos...
Sólo volaban los cuervos...!
No fué victoria... Los bronce
ya estaban lejos, muy lejos...
Un clarín sonó de pronto...
Angeles blancos triunfantes
contra los ángeles negros...!
Un clarín solo... Una sola
voz de clarín! Allá lejos,
sobre los muertos malditos,
ángeles blancos...

Y el cielo...!

Jagüey Grande
Cuba. - 1927

ALFONSO Reyes llega de París, tras de uno de los períodos más brillantes de su actividad de mexicano y de poeta. Dentro del grupo de selección que logró alguna vez el Ateneo de México, Alfonso Reyes significa un centro de gravedad, un equilibrio entre el desdén y el entusiasmo, una concordia de la cultura y del gusto.

No sé qué falta, aun en la obra de Antonio Caso; no sé qué, sobra aun en la vida de José Vasconcelos, que junto con Reyes representaron, en esa promoción, la trinidad de la filosofía, de la poesía y del ensayo. Tal vez, en el admirable ejemplo de Antonio Caso falta el escrúpulo del gusto. Tal vez sobran las prisas en el genio heroico de José Vasconcelos y, además, la coincidencia del pensador con el político, grave para el pensador.

El destino de Alfonso Reyes ha sido, en cambio, una cadena única de compensaciones. La sucesión misma de sus obras recuerda la sabiduría con que el alpinista escala las alturas más difíciles, alternando la ascensión con el reposo—contemplación inteligente, pausa,—en el peldaño del descanso.

Es un animador. Su correspondencia, sus libros—¿y qué libro suyo no es una carta abierta?—sus artículos de crítica, su diario, sus poemas llevan esta dirección, siempre: recordar a todos el compromiso de ser fieles al espíritu. Por encima de la veleta de las doctrinas, de las escuelas, de los *ismos*, Alfonso Reyes coloca su observatorio que no es, por fortuna, un observatorio de serenidad—gracias al temblor humano de que no se desposee nunca—pero que no es tampoco el observatorio del *entusiasmo en mangas de camisa*.

En mayor grado que otros escritores de México—inquietos por representar el papel de una siempre renovada juventud—Alfonso Reyes que ha vivido intensamente cada una de las etapas de su propia vida, ha logrado obtener de su experiencia una segunda juventud, tan sincera y tan artística a la vez, que hace pensar, como en Wilde, en los deliciosos resultados que obtendría la naturaleza si supiera, en efecto, imitar al arte.

El temblor humano, el *schauern* de Goethe, cualidad a cuyo favor las demás cobran un interés y un significado nuevos, es la primera de las virtudes de Alfonso Reyes. De aquí que sus obras—aun los relatos en cuarta dimensión del *plano oblicuo*, aún los poemas más descarnados de anécdota—no hayan sufrido el despojo de la deshumanización. El gusto es su único freno. Pero ¿quién no deseara un freno así? En un fragmento de *Calendario*, Reyes explica la necesidad de emprender una cruzada contra el corazón en la literatura. En esto también coinci-



Alfonso Reyes

Por Jalme Torres Bodet

de con la mayor parte de los escritores de justa sensibilidad: no hay uno que, como él, no trate de disimularla por miedo de manchar la delicadeza de su pudor.

Como ministro y como hombre de letras Alfonso Reyes ha comprendido con acierto que su destino es el de una inteligente relación. Dispone en el trato y en el libro de esa cordialidad que parece abrir en seguida a quien lo visita la alcoba más íntima pero que une a esta temperatura de la cortesía, la aptitud de una intimidad más interior, rica como pocas de afectos y de tolerancias. Crítico impar sabe, como André Guide, exigir de sí propio las condiciones que pide a los demás para estimarlos: la sobriedad, el gusto, la inteligencia vigilante. Lo comprendo todo y podría expresar lo que comprende, pero prefiere que su campo de interpretaciones sea más amplio que su taller. De este modo se une a la tradición clásica, que es una tradición capaz de limitarse.

Ha luchado contra el vicio de la facilidad y gracias a los esfuerzos de su educación ha conseguido modelar la riqueza impaciente de su temperamento. Pero de este drama interior no ha permitido nunca que el público se entere, acaso menos por lo que la

línea de su perfección pudiera desfallecer al entregar esta confidencia que por escrúpulo de cortesía, por no hacer compartir al lector la tragedia del hombre que produce, el trance del dramaturgo, anterior al telón.

De esta facilidad, Alfonso Reyes ha conservado la aptitud, viajera de caminos, pero ha perdido la falsa espontaneidad de la improvisación. Sus conversaciones mismas—en donde se refugia todo lo que el hombre guarda de íntimo y de frágil—dan a quien las goza la impresión de estar ya escritas en un libro suyo, más bello, no porque sean una repetición sin originalidad sino porque están tocadas también, como sus páginas mejores, de la magia de su estilo.

La previsión del crítico, la oportunidad del comentarista han hecho olvidar frecuentemente de qué fina materia poética está formada el alma de Alfonso Reyes. Los que esperábamos su primer libro de versos, animados del recuerdo de algunos fragmentos de juventud, no encontramos en *Huellas* esa vibración perfecta que la condición de su autor nos invitaba a exigir. Se trató sin duda de una edición demasiado rápida en que las erratas no nos dejaron ver el libro. Años después, escogiendo la espiga más pura del libro anterior, Reyes publicó una nueva selección de sus versos antiguos: *Pausa*. Dentro del marco que la favorece, esta poesía muy moderna y muy culta recobra toda su intensidad de pensamiento y avalora todos los planos de su emoción. El poeta concede poco a las innovaciones de última hora y se queda dentro de la filtrada pureza de la tradición pero, dentro de esta tradición misma, escoge sus modelos con una sabiduría rara y pone a cada instante, en la madurez de siempre, su juventud de hoy.

Más aún que en *Pausa*, nos satisface la poesía de Reyes en *Ifigenia Cruel*. Hacía años que no se escribía, en América, un libro de tan adusta ponderación. Gozoso de resolver las dificultades, Alfonso Reyes parece haberlas acumulado a propósito en esta obra que huye de las resonancias escolares de *Cuestiones Estéticas*, y se instala dentro de esa eternidad que es el clima de la poesía de Valéry con quien Marcelle Auclair compara a Reyes en un reciente artículo de *Los Anales*.

Hombre de simpatías más que de diferencias, el camino que ha recorrido es de los que acercan a los espíritus que se aíslan. Ejemplo admirable para nuestras juventudes en desorden de lo que puede—él mismo lo ha dicho en un elogio de José Vasconcelos—la fidelidad a la vocación.

J. T. B.

s/c Altamirano, 116
D. F., México

Repertorio Americano

Compro y vendo números sueltos y atrados.

Completo colecciones y las empasto. Precios módicos.

Pida más informes en *La Prensa*, o por el apartado 409, en esta ciudad de San José.

MIGUEL OLIVARES

MUY urgido. Prisa. Como temo no poder escribir sobre Góngora en este su año centennial, espumo antiguas notas, de varia fecha, y las doy en paños menores, según yacían sobre las octavillas de apuntes—doncellas de la memoria diría el mal Góngora—, y algún glosador explicaría: doncellas, porque a la par son candidas y prestan servicio.

Como toda planta tiene, en rigor, dos raíces de nutrimento y dos polos vegetativos—el que se hunde en la tierra y el que se sume en la atmósfera—y crece a la vez en dos sentidos opuestos—hacia el centro subterráneo y hacia las estrellas—, así la poesía de Góngora: la nube «cultiva» y el *humus* del realismo poético popular. Niega lo intermedio por impuro. Se entrega a lo suprarreal del cultismo y a lo infrarreal de la inspiración plebeya, que es siempre satirisco, exacerbado y agrio. Creación y caricatura: «Soledades» y «Letrillas».

¿Creación?...

La poesía es eufemismo—eludir el nombre cotidiano de las cosas, evitar que nuestra mente las tropiece por su vertiente habitual, gastada por el uso, y mediante un rodeo inesperado ponernos ante el dorso nunca visto del objeto de siempre— La nueva denominación lo recrea mágicamente, lo repristina y virginiza. ¡Delicia aún mayor que la de crear esta de recrear! Porque la creación, donde no había nada pone una cosa; pero en la recreación tenemos siempre dos: la nueva que vemos nacer imprevista, y la vieja, que recobramos a su través. Operación endiablada. Rejuvenecimiento. Fausto joven que lleva dentro al decrepito Fausto.

Los movimientos de la poesía europea están todos inscritos en Dante. Veamos qué hace Dante cuando tiene que hablar de la izquierda. Dirá esto:

Da' quella parte ove il core ha la gente.

Si quiere conducirnos al Mediterráneo, nos engañará hablándonos de

La maggior valle in che l'acqua si spanda.

Aligera el nombre ya un poco inerte de Nazareth diciendo:

La dove Gabriello apperse l'ali:

y suplanta el vocablo España con esta indicación:

In quella parte ove surge ad aprire
Zeffizo dolce la novelle fronde,
Di che si vede Europa rivestire.

De esta manera, tomada por sorpresa la realidad, herida en el flanco menos guardado y presumible, se entrega absolutamente, siempre en forma de primer amor. Es natural: la poesía vuelve a poner todo en



Góngora - 1627 - 1927

alborada, en *status nascens*, y salen las cosas de su regazo desperezándose, en actitud matinal, emergiendo del primer sueño a la primera luz.

Pero este destino esencial de toda poesía le obliga a un desplazamiento progresivo, a huir de sí misma, a negar la de ayer, a buscar nuevas denominaciones mediante más largos y abstrusos rodeos.

Gran error creer que poesía es naturalidad: no lo ha sido nunca mientras fué poesía. La antigua, la clásica, mucho menos natural que la nuestra. Ya lo he dicho una y otra vez: Homero, como Píndaro, comienzan por hablar en una idioma convencional que no habla pueblo alguno. Su tema la mitología—tampoco es natural, sino, por definición, materia sobrenatural.

Poesía no es naturalidad, sino voluntad de amaneramiento. Su historia se desarrolla en potencias crecientes de amaneramiento. A veces se le quiebran las alas, y recae en la prosa para volver a iniciar el proceso de alquitaramientos sucesivos. A veces, de puro remar en el viento, se pierde en lo azul. El eufemismo se hace ininteligible. Dante es la primera potencia, con su «estilo gentil», y era inevitable que la poesía europea pasase por la enésima potencia del «estilo culto». Siglos después había de volver a rozar la misma esfera con Mallarmé. Siempre que la poesía se eleva a esta altitud reaparece la fauna clásica y habla de faunos, ninfas, cisnes, juega con los dioses...

—armado a Pan o semicapro a Marte—

Algunos eufemismos de Góngora:

Cohetes:

luminosas de pólvora saetas,
purpúreos no cometas (1)

Cáparazón del marisco:

el justo arnés de hueso.

La paloma:

la ave lasciva de la cipria diosa.

La mesa:

cuadrado pino.

Pájaros:

citaras de pluma.

Esquilas dulces de sonora pluma.

Gallo:

doméstico del Sol nuncio canoro.

Flechas:

áspides volantes.

Fuego en el hogar:

que yace en ella la robusta encina,
mariposa en cenizas desatada.

La luz en la noche:

está, en aquel incierto
golfo de sombras anunciando el puerto.

El cisne:

Blanca más que las plumas de aquel ave
que dulce muere y en las aguas mora.

(Entre paréntesis: dos de los versos mejores en que ha logrado amanerarse la lengua castellana.)

No creo necesario establecer una relación de influjos entre Góngora y el caballero Marino. Gongorismo y marinismo y eufemismo son tres amaneramientos diferentes a que sin remedio tenía que llegarse en Europa, dado el nivel del progreso lírico. Los tres son fruta del barroco. En las épocas barrocas se sustantiva el ornamento. Esto es la poesía del siglo XVII. Casi todo lo llamado clásico en poesía es, en verdad, barroquismo. Por ejemplo: Píndaro, tan difícil de entender como Góngora.

Si sabe usted un poco de mecánica—con muy poco, basta—, entenderá usted esto: tal vez toda poesía, pero ciertamente la de Góngora, consiste en evitar la tangente. Ejemplo entre mil:

Galanes los que tenéis
las voluntades cautivas
en el Argel de unos ojos.

(Romance CXIX)

Se habla de la cautividad espiritual que la belleza de unos ojos produce; pero, en vez de seguir el camino recto de la *idea o concepto*, el poeta lo abandona, buscando la *imagen* adyacente que la cautividad corporal provoca: Argel, tierra de cautiverio. Esta diversión inicia otra trayectoria—la de que unos ojos pueden ser un Argel—, y así sucesivamente. Por tanto, en lugar de seguir la línea recta, la tangente que en dinámica representa la inercia, encontramos una curva: la «aceleración» que la engendra es la inspiración, la fuerza poética

(1) Sobre el tema general de la metáfora, y especialmente sobre la negación como medio expresivo de ella, véase *El Espectador* (IV): *Las dos grandes metáforas*.

encargada de enriquecer, de complicar, de encorvar el camino. El Sol no hace con sus planetas otra cosa que el poeta con sus palabras: les obliga a gravitar, a proceder en órbitas, en itinerarios curvilíneos, e impide riguroso la fuga tangencial.

Góngora—maravillosa poesía de nuestro pueblo inhumano, a diferencia de la francesa, que hasta hace poco fué siempre humana—. ¿No es inhumana la pura fruición en el puro mineral de la imagen?

Léase con un poco de buen sentido nuestro Parnaso del siglo XVII e inténtese, partiendo de él, reconstruir el tipo de alma que lo ha fraguado. El que haga esta experiencia acabará echándose las manos a la cabeza, sobrecogido de espanto.

Cuando Góngora quiere tocar lo humano, produce un lirismo canalla, como el del romance XXXIII. (Cito según la «Biblioteca de Autores Españoles»: no tengo otra edición, salvo la nueva de las «Soledades», hecha por Dámaso Alonso (1). No soy erudito.)

Lo mejor de nuestra poesía, por tanto, lo mejor de Góngora, tiene un carácter de exhuberancia inconfortable para todo el que sea medianamente psicólogo. Recuerda la escultura de la India, que en formas intrincadas, frenéticas y locas, cubre a lo mejor la ladera toda de un monte. Es lo informe y lo caótico dentro del afán mismo que quiere crear formas. Se ha dicho que esa exhuberancia de toda la vida indostánica le da un sentido vegetal. Es la selva que se ahoga en su propia fecundidad.

No puedo leer a Góngora—como a Lope—sin sentir a la vez fervor y terror. Porque en ellos lo egregio y perfecto confina siempre con lo bárbaro y atroz. El «culto» Góngora tenía un alma inculta, rústica, bárbara. Imagina uno sus amores con mujeres que no se lavaban, envueltas en muchas, muchas faldas de telas muy toscas. Es penoso, es azorante, recibir una imagen divina, como algunas de Góngora, arropada en un tufo labriego y de redil.

No se comprende cómo un beneficiado de Córdoba en los siglos XVI y XVII—lléñense estas palabras de su exacto sentido—pudo encontrar dentro de sí la exquisitez incalculable, la aérea elegancia que revelan las dos octavas siguientes. En la primera pide al conde de Niebla que interrumpa un rato la caza altanera para oír versos:

Templado pula en la maestra mano
El generoso pájaro su pluma.
O tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presume;
Tascando haga el freno de oro cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebrél en el cordón de seda
Y al cuerno en fin la cítara suceda.

En la segunda se abre un paisaje vespertino:

Mudó la noche el can: el día dormido
De cerro en cerro y sombra en sombra yace;

(1) El prólogo a esta edición me parece lo más pulcro que se ha dicho sobre Góngora.

Bala el ganado; al misero balido
Nocturno el lobo de las selvas nace;
Cébase y fiero deja humedecido
En sangre de una lo que la otra pade.
Revoa Amor los silbos, a su dueño
El silencio del can siga o el sueño.

Góngora es, ante todo, las «Soledades». Es bochornoso que sobre esto exista aún discusión. Porque la discusión que existe no se refiere a lo interno de esta obra, a su eventual fracaso íntimo, sino a cuestiones de escaleras abajo. Quien diga que no entiende las «Soledades» no dice, en rigor, sino que no las ha leído con mediana atención. Las «Soledades» no son ni más ni menos inteligibles que cualquiera otra obra poética; por ejemplo: que las «populares» letrillas o romances del mismo poeta. En unas y otras hay pasajes problemáticos. Los hay en la más trivial conversación.

Lo que pasa es que las «Soledades» llevan un propósito distinto del que anima a la poesía inferior. Esta, más o menos, narra un suceso externo o interno, describe un objeto—corporal o sentimental—según él es, ornándolo con tal o cual guirnalda y pulcro aditamento.

No tiene sentido tachar de oscuro a un jeroglífico porque no se puede leer resbalando horizontalmente con la pupila de figura en figura. El jeroglífico nos invita a una lectura vertical: tenemos que calar la superficie de cada imagen, y entonces vemos que por debajo se unen las unas a las otras. El poeta ha hecho el camino en sentido opuesto: parte de una realidad y busca su transcripción poética, por decirlo así, su doble en el trasmundo lírico. Esto es lo que nos da: su propósito es precisamente tapar lo real, encubrir lo cotidiano con fantasmagoría.

Las «Soledades» extreman esta duplicidad porque los hechos y objetos que buscan recamar son lo más prosaico y vulgar del mundo. Se trata precisamente de hallar para la cosa más vil su cuerpo astral, su perfil poético, su logaritmo de irisaciones bellas. He aquí, por ejemplo, un plato con carne seca de macho cabrío, manjar de aldea castiza. Búsquese la proyección que arroja en el orbe poético, como en la atmósfera polar produce toda cosa su *Fata Morgana*. Tendremos: carne de macho cabrío; por tanto, de un macho que ha muerto, verosímelmente, viejo y no de enfermedad, puesto que es comestible su despojo. Muerto, entonces, de riña con algún otro macho. Góngora invierte esta serie de imágenes y acabará por lo que es primero en el orden natural: el aspecto visual de la carne sobre el plato:

El que de cabras fué dos veces ciento
esposo casi un lustro—cuyo diente
no perdonó a racimo aun en la frente,
de Baco, cuanto más en su sarmiento—
(triunfador siempre en las celosas lides,
lo coronó el Amor; mas rival tierno
breve de barba y duro no de cuerno,
redimió con su muerte tantas vides,
servido ya en cecina,
purpúreos hilos es de grana fina.

A esto llamo el cuerpo astral, el doble poético de un plato de cecina. Transfiguración. Misión jeroglífica del verso. Mallarmé.

En el gongorismo el arte se manifiesta sinceramente como lo que es: pura broma, fábula convenida. ¿Y es poco ser broma?

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

(El Sol. Madrid).

Góngora

Mucho se habla de Góngora, pero muy poco interesante se ha dicho sobre él. Muy poco se le ha leído; muy pocos versos suyos corren en las antologías. ¿Comenzaremos ahora a conocerlo?

Góngora precursor. Precursor del simbolismo francés. Precursor de nuestro modernismo. Precursor de la nueva sensibilidad. ¿Será cierto?... Prefiero a Góngora en sí, sin referirlo a sucesiones demasiado hipotéticas.

Los críticos académicos habían recibido del siglo XVII la leyenda del doble Góngora, «ángel de luz» y «ángel de tinieblas». No: Góngora es uno. Los caminos de su imaginación, de su sensibilidad, de su dón rítmico, de su dón de palabras, son siempre unos mismos. ¿Y la leyenda del pecador que empezó bien y acabó mal? Menos infundada, pero falsa en su esencia. Porque la complejidad de los últimos años, del «Polifemo» y las «Soledades» y el «Pánegírico», es la de los años mozos, la de «los rayos le cuenta al sol»... y «Sobre dos urnas de cristal labradas»... Sólo hay diferencia de grado. Como todo artista de expresión muy personal y muy consciente, Góngora la va reconcentrando al avanzar en edad: aroma que se condensa hasta volverse enervante; veneno que el cuerpo absorbe en dosis cada día crecientes hasta impregnarse de él. Y sólo quien resista el aroma y el veneno se aventura en las cámaras herméticas donde se guardan.

Los pasos del desenvolvimiento espiritual, el ascenso de condensación y concentración, son parecidos en Góngora y el Greco. Góngora admiró y ensalzó al Greco. Pero no se exageren las semejanzas: el Greco echaba sobre el lienzo su mundo interior llameante; Góngora se dedicó a estilizar y enredar líneas, colores, ritmos arrancados al mundo exterior: para él, «el mundo exterior realmente existía».

Como el Greco, Góngora es hijo del Renacimiento a quien el Renacimiento no le basta; quiere ir, ultraísta, más lejos. Pero ni el uno ni el otro salen del círculo encantado del Renacimiento, donde el mundo se concibe como visión pura, donde toda exaltación espiritual se justifica. Visión y exaltación místicas, o estéticas, o

intelectuales. Ni el uno ni el otro presienten el mundo moderno, la época que va del siglo XVII al XIX, la época del realismo y del sentido pragmático en la vida y en el arte: época cuyo presentimiento es cavilación en Montaigne y tempestad en Miguel Angel, cuyo advenimiento es conflicto trágico en Shakespeare y melancólica ironía en Cervantes, y cuya presencia declaran al fin, tranquilamente, Bacon, Descartes, Molière, Velázquez.

Con Góngora vivimos en pura contemplación estética del mundo. La razón, el concepto, se ha sometido al ímpetu visionario. Su ley:

¡Goza, goza el color, la luz, el oro!

En toda Europa, para las letras y para las artes, el Renacimiento terminó en barroquismo. En España la literatura barroca se partió en dos: culteranismo y conceptismo. El culteranismo, estilización de formas, se anuncia desde que Garcilaso hace escuela: aún más, apunta en la canción «A la flor de Gnido». Y el conceptismo venía germinando desde que en el siglo XV adquiere la poesía castellana resabios de ergotismo escolástico. Todo poeta español, para 1580, cuando Góngora empieza a escribir, tenía puntos de culterano y de conceptista. Góngora, andaluz maravilloso, —sentidos e imaginación—, se aparta del concepto tradicional: sólo le aprende unas cuantas antítesis y retruécanos. Se vuelve el culterano puro. Andaluces también, Rioja en Sevilla, Espinosa en Antequera, crean culteranismos que rivalizan con el de Córdoba, pero diversos de él. Los castellanos se apoderan del conceptismo, seco y gris como sus mesetas. Pero después de la hora heroica todo el mundo español vuelve a mezclar culteranismo y conceptismo. Así aquella mujer extraordinaria que fué toda inquietud espiritual y virtud activa, Sor Juana Inés de la Cruz, la que cantó la «diuturna enfermedad de la esperanza».

Hay años en la vida de Góngora en que se le vuelve obsesión jugar con los colores. Hasta escribe un soneto «a una dama muy blanca vestida de verde»: dos de los tonos esenciales de su gama, son el oro y el púrpura. No pudo, ni de seguro quiso, evitar las repeticiones (así las imágenes de aurora y de sol). Los hallazgos son muchos.

Los dones rítmicos—que no se le alaban tanto como los pictóricos—son riquísimos en Góngora. Sus ritmos de versificación irregular, aprendidos en el canto del pueblo, están llenos de síncopas ingeniosas:

No son todos ruiseñores
los que cantan entre las flores...

Y su manejo del endecasílabo es singular en español: unas veces se atiene al límpido canon de Garcilaso:

En el cristal de tu divina mano...
Esquilas dulces de sonora pluma...
¡Oh, cuánto tarda lo que se desea!...

Pero otras veces, contradiciéndolo, descubrimos el verso atestado de sílabas, re-

forzado rítmicamente, y levemente dislocado y sincopado, por acentos insólitos, como el endecasílabo de Shakespeare en sus últimos años. Es el verso que ha vuelto a usar Juan Ramón Jiménez en sus «Sonetos espirituales».

Si Góngora fuese sólo poeta de imágenes y ritmos, poeta de ingenio y gracia, interesaría apenas como Gautier o Swinburne. No tuvo mucha vida que contarnos en su poesía, o no quiso contarnos la que tuvo. Pero expresó hondamente, agudamente, sentires universales:

...Añadiendo siempre
pasión a pasión,
memoria a memoria,
dolor a dolor...

Que sospechas de amantes
y querellas después,
hoy son flores azules,
mañana serán miel...

Morir maravilla quiero
y no vivir alhelí...

O la extraña elegía en seguidillas arcaicas, «para doña María Hurtado, en ausencia de don Gabriel Zapata, su esposo»:

Mátanme los celos de aquel andaluz:
háganme, si muriere, la mortaja azul.
Perdí la esperanza de ver mi ausente:
háganme, si muriere, la mortaja verde...
La mitad del alma me lleva la mar:
volved, galeritas, por la otra mitad...

O su elogio de la virtud sacerdotal:

Sacro pastor de pueblos, que en florida
edad, pastor, gobiernas tu ganado
más con el silbo que con el cayado
y más que con el silbo con la vida...

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

(*Martin Fierro*, Buenos Aires)

Spinoza y Góngora

A principios de este año el mundo civilizado conmemoró el 250.º aniversario de la muerte de Spinoza, el más grande filósofo de origen judío-español.

En la Sorbona de París, Paul Valery leyó un panegírico escrito especialmente para tan gloriosa fecha por Henri Bergson. Y en La Haya, la «Societas Spinozana», después de editar un «Chronicon» extraordinario que reúne, en distintos idiomas, los estudios pertinentes de muchos filósofos modernos, se ocupó de adquirir la vieja casa donde murió Spinoza «en olor de santidad».

Ahora, con pocos meses de diferencia, el mundo hispanista recuerda el tercer centenario, no menos glorioso por cierto, de la muerte de Góngora. Y aunque la relación entre ambos acontecimientos es solamente circunstancial, quiero, sin embargo, tender una red de palabras entre Spinoza y Góngora.

Pero tranquilícese el lector. No pienso hacer dialogar al poeta con el filósofo. Ya alguien intentó poner al habla a don Luis con su tocayo Ludwig van Beethoven, cuyo centenario también acaba de ser conmemorado. A mí, honradamente, esta moda de los diálogos en el Limbo no me seduce. Si con motivo de Góngora salgo aquí hablan-

do de Spinoza es porque media un dato histórico que conviene divulgar en homenaje al altísimo poeta español.

Por lo demás, es el único aporte casi inédito, a mi alcance. Y entre repetir lo aprendido en los gongoristas contemporáneos—desde Raymond Foulché-Delbosc hasta Miguel Artigas, pasando por Alfonso Reyes, Lucien Paul Thomas, Enrique Díez Canedo, Arturo Marasso, etc.—y sacar a la actualidad una simple noticia de mi cosecha, prefiero esto último.

Mas ya es tiempo de decir en qué consiste.

Según el inventario de la Biblioteca de Spinoza publicado en la edición van Roojen, reproducido luego por Freudenthal y comentado sabiamente por el doctor Couchoud, el solitario filósofo de La Haya tenía en su biblioteca numerosas obras castellanas y entre ellas, junto a una traducción de los «Diálogos» de León Hebreo y los libros de Cervantes y Quevedo, las poesías completas del Homero español.

«...Voici l'Espagne—dice Paul-Louis Couchoud en su historia de Spinoza,—le pays dont in parlait la langue et qu'il n'avait jamais vu, la vraie patrie de son imagination. La voici toute vive dans le «Voyage d'Espagne» de Mme. d'Aulnoy. Et la voici dans sa littérature contemporaine: les Nouvelles de Cervantes, les Relations d'Antonio Pérez, une comédie de Montalván, un poème du Juif Pinto Aigado, un opuscule religieux de la Cune, une anthologie de poètes et les oeuvres complètes de Góngora et de Quevedo en plusieurs éditions. Ce sont les livres maniés avec joie».

Ahora bien: ¡cuántas sugerencias no ofrece esta simple noticia al estudioso de Spinoza y de Góngora!

«Shakespeare leyendo a Cervantes, ¡Qué asunto para ser trasladado al lienzo por un artista pensador!»

Así exclamaba Turguenév en su famoso discurso sobre Hamlet y don Quijote.

¡Spinoza leyendo a Góngora! ¿Qué mejor motivo para un ensayo de poesía y metafísica?

Claro que yo no pienso improvisarlo aquí. Estas líneas no llevan otra pretensión que la de glosar una noticia de actualidad.

Con todo, me tienta señalar algunos detalles del posible paralelo entre el poeta y el filósofo.

En primer término, estos rasgos parciales, más notables por su contraste:

Góngora, cristiano y racionero de la catedral de Córdoba, fué acusado, nada menos que por Quevedo, de judío. Recuérdese su famoso soneto:

Por qué censuras tú la lengua Griega
siendo solo Rabi de la judía,
cosa que tu nariz aún no lo niega.

Por su parte, Spinoza, judío y verdadero rabí filósofo, sufrió de sus hermanos de raza la acusación de hereje y fué considerado por ellos como un helenizante...

Pero todavía hay más:

Aunque por distintas razones, ni Góngora ni Spinoza publicaron en vida sus obras

completas. Sin embargo, los dos tuvieron numerosos discípulos y admiradores que copiaban fielmente cuanto producían y fueron luego sus verdaderos evangelistas.

Ahora mismo, a tantísimos años de distancia, puede continuarse el paralelo:

Mientras Spinoza reúne en una sola tribuna de la Sorbona al profesor Gebarth, de Frankfurt, pacifista alemán, y al profesor Rava, de Padúa, fascista italiano, Góngora consigue el homenaje de católicos y judíos y es loado hasta por los discípulos de Menéndez y Pelayo.

¿Cómo no juntar, entonces, al poeta y al filósofo en una misma página de admiración?

¿Cómo no encabezar la lista de los que fueron amigos internacionales de Góngora—Gracián, Verlaine, Moreás, Gourmont, Darío...—con el nombre de Spinoza, aquel vidente que un día, hace más de dos siglos y medio, colocó al gran poeta entre Cervantes y Quevedo? Es decir, en su verdadero lugar.

ENRIQUE ESPINOZA

(*Caras y Caretas*,
Buenos Aires).

El arte y el pueblo

El caso de Góngora es un caso extremo y, por lo tanto, muy expresivo y sugerido.

Abramos el breve volumen de las «Soledades», nuevamente publicadas ahora con motivo del tercer centenario de la muerte del insigne poeta cordobés. «Soledades», de Góngora, editadas por Dámaso Alonso, reza la portada. En realidad, el título debería ser este otro, extraño y absurdo: «Las «Soledades», escritas en lengua española por D. Luis de Góngora, y traducidas a la lengua española por D. Dámaso Alonso».

Tras del texto original en verso viene, en efecto, una traducción completa en prosa. El texto original resultaría ininteligible para la mayor parte de los lectores. Después de leer cada estrofa, sin comprender su sentido, han de recurrir al «traductor», quien les ofrece los mismos conceptos puestos en lenguaje corriente y estilo llano, aunque no desprovisto de cierta elegante pulcritud. Entonces deben releer la estrofa original; penetrarán ya en su sentido; adquirirá valor la confusa traza, el complicado enigma de sus palabras, y lo que era oscura caverna se convertirá en iluminado palacio de mármóreas y retorcidas columnas...

La versión del idioma gongorino al idioma vulgar es, a veces, más difícil que la de una lengua extranjera. El propio «traductor» confiesa que tropezó con dificultades «que talvez nunca se podrán resolver».

¿Es que el castellano de comienzos del siglo XVII era muy distinto del castellano que hablamos en nuestra época? Contemporáneo de Góngora es Cervantes, y todo el mundo entiende hoy el lenguaje del Quijote. Las comedias de la época se representan en nuestros días. Ya en su tiempo, fueron las «Soledades» casi tan difíciles, de descifrar, para los lectores no cultos, como lo son en el nuestro, al cabo de tres siglos.

También hoy existen, en todas las literaturas, escritores modernos cuyas obras, para el gran público, deberían ir acompañadas de una traducción al habla vulgar. No hace falta, porque el gran público se encoge de hombros y no las lee, teniendo a sus autores por unos chiflados o unos pedantes. ¿Está siempre en lo cierto?

El caso de Góngora es muy instructivo. Hay en las «Soledades» fragmentos de una perfecta belleza. Su lectura bien vale lo que cuesta. Una vez descifradas, a través de su culterana manera, todas las ideas poéticas de Góngora son claras, precisas, brillantes como cristales.

La paradoja de ese libro en español con su correspondiente traducción española, plantea, en forma extremada y radical, el problema de la difusión del arte. El arte, ¿es sólo para unos pocos escogidos, o puede y debe llegar a las multitudes?

Observemos, ante todo, para no involucrar las cuestiones, que esos escogidos, en todo caso, se seleccionan por sí mismos. El libro está ahí, al alcance de todas las manos y de todas las fortunas. No hace falta ser rico para gozar con los versos de un excelso poeta, que casi siempre fué un pobre. No se piden tampoco diplomas oficiales ni títulos universitarios. A Góngora lo han tenido proscrito, no los indoctos, que lo ignoraban, sino los eruditos y académicos, que no supieron gozar del agua de la oculta fuente. La fuente está ahí, cantando al borde del camino comunal, no para el magnate o para el opulento, sino para el más humilde peregrino que acierte a encontrarla.

Pero, aun así, ¿no valdría más que el agua corriese libremente, abiertamente, para todos? ¿Es la multitud incapaz de sentir, en lo esencial, las creaciones del genio? ¿Le está negada al pueblo la sublime fruición de la belleza?

Por lo menos, no en todos los casos cabría contestar con una respuesta desalentadora. Siempre ha habido obras para la minoría, para los pocos, y obras para muy amplias zonas humanas. No puede afirmarse que las últimas sean necesariamente las peores. Los cantos homéricos fueron populares; las catedrales fueron populares; hay dramas de Shakespeare o de Calderón que son todavía populares. No es un sueño pensar que, en ocasiones, el alma del genio y el corazón del pueblo se entienden misteriosamente.

De todas suertes, lo que constituiría siempre un error sería el dedicarse a producir para el pueblo un arte inferior o de tercera clase. Error parecido al de poner libros ñoños y ramplones en manos de los niños. No. A los niños debe dárseles, de entre las mejores páginas de todos los siglos, aquellas que puedan ellos, siquiera a medias, entender, y que no perturben, en ningún sentido, el candor moral de su alma.

Al pueblo no hay que ofrecerle obras mediocres, pensando que, así, las saboreará mejor. De ningún modo. Al pueblo se le

debe toda la belleza, como se le debe toda la verdad. Que saque lo que pueda de las obras excelentes, pues por poco que fuere, enriquecerá su espíritu mucho más que con la comprensión de las obras medianas. Todos hemos podido comprobar, con nuestra propia experiencia, en qué noble medida los barruntos de que, en una obra de arte, hay mucho que por elevado se nos escapa, contribuyen a despertar nuestros mejores anhelos y nuestros sentimientos más valiosos.

La luz que sólo entrevemos es la que más nos atrae. La voz que casi no oímos es la que más nos enseña. A quienes viven en el valle vemos que los atraen las cumbres. Todos ganarán mirando hacia arriba, y alguno entre ellos, con mejores disposiciones naturales o con mayores alientos, osará subir. Desconfiaba Rousseau de los lectores a quienes hay que explicárselo todo. Desconfiemos también de aquellos que todo lo han entendido.

Para nadie deben estar cerradas las puertas del paraíso de la belleza. Mas no siempre es llano el acceso, y los frutos del árbol de la ciencia no vienen solos a la mano.

El arte difícil nos da una magnífica lección. La puerta está abierta a todos; pero el paso es arduo: pide voluntad, labor, esfuerzo. Procuremos que todos entren; no les corrompamos ofreciéndoles una baja y perezosa facilidad. Esfuerzo, bendito y fecundo esfuerzo, demanda, por lo común, en todos los órdenes, la cultura superior, la verdadera cultura del espíritu. Extendámosla cada vez más: vulgaricémosla cada vez menos. Para que pueda llegar a todos tratemos de lograr que cada cual ponga, de su parte, una entusiasta y afanosa colaboración.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

—Se habla siempre del «mal gusto» de Góngora. ¿Cómo el autor de tantos sonetos maravillosos, de sátiras tan finamente aguzadas, de tan admirables romances, en los cuales nada falta ni nada está de más, puede haber estado desprovisto del gusto más sutil y delicado? Gongorismo aparte, es uno de los más grandes poetas y, seguramente, el más admirable estilista de España. En sus buenos momentos, que son los más numerosos, nadie ha igualado a Góngora por el brote de la imagen poética, la magnificencia de la expresión, la perfección impecable de la lengua, la fuerza y la flexibilidad del verso sonoro que, cuando se digna ser simple, se despoja de epítetos y, en su desnudez robusta y plena, revístese de una belleza totalmente clásica...

PAUL GROUSSAC

El entusiasmo de la juventud literaria por Góngora es perfectamente explicable y hasta plausible; pero tiene sus peligros. El toque en estos casos está en admirar, o si

se quiere, en saborear... con sentido crítico. La resurrección o rehabilitación de Góngora es cosa muy clara. Estamos en una época, o, dígame más modestamente, en un momento de cultismo propio para apreciar los méritos de un poeta culterano. Góngora, muy culto, muy refinado, muy lleno de flores latinas, de alusiones sabias, de giros alambicados y sutiles, produce una impresión de modernidad. En el pormenor es un maestro de estilística, vivifica como nadie en lengua castellana una figura latina. Tiene el instinto poético del léxico, sabe combinar maravillosamente los matices verbales; pero el dibujo general de sus concepciones es con frecuencia monstruoso; las alusiones se engarzan unas

en otras y son a veces tan eruditas, artificiosas y disfrazadas en su propia pompa, que hay que leerle con un diccionario de la fábula, y que los comentarios escritos para explicar sus poesías están perfectamente justificados y no tienen nada de superfluos. Es un poeta que necesita escoliastas y glosadores para llegar al lector vulgar, de término medio, por lo menos en una gran parte de su obra, en la que mejor le caracteriza, en el que se ha llamado el segundo Góngora.

La lección de Góngora para los poetas jóvenes está en la perfección instrumental, en la conciencia escrupulosa del artista de la palabra, en la concepción de una poesía aristocrática y noble y en la mis-

ma norma de ejecutarla en los modelos eternos, visitando los santuarios clásicos de la poesía. El peligro consiste en el exceso de artificio, de intelectualismo, de follaje barroco, de virtuosismo literario. En medio de tantas finuras y lindezas hay poca alma, poco fuego, demasiado profesionalismo. De Góngora hay que sacar el pormenor primoroso, coger las flores, sin aprobar la arquitectura del parterre y sin olvidar tampoco que la poesía de Góngora nunca será «la poesía», sino una poesía, una variedad poética de refinados y de «virtuosos».

ANDRENIO

(La Voz, Madrid).

Respuestas impersonales

A Torres Rioseco

ESTÁ usted en lo justo. Porque amamos a Chile con la esencia de nuestro ser y le queremos grande en el conjunto de América, miramos con indignación y con dolor el declinar de su estrella hacia el poniente de sombras donde la nación chilena puede encontrar las amargas humillaciones que han debido apurar todos los pueblos insensatos.

El Chile aristócrata que conocimos va perdiendo sus tradiciones y quiere confundirse con las abyectas nacionalidades que fueran el hazmerreír de los pensadores del Continente, si no hubiese en su abyección tintas de púrpura y angustias de tragedia.

Cuando un hombre superior se siente compelido a gobernar es porque hay en su ser un grande amor

de humanidad y una casi divina comprensión de los destinos del pueblo que intenta gobernar. Se consagra a sí mismo en servidor de la Ley de los Sabios y educador del pueblo regido. Cuando ese amor no existe ni se posee esa comprensión, el ambicioso es un simple tirano indigno del respeto de los hombres. Persecución, destierro, cárcel y asesinato son los cuatro demonios de la guarda de la ciudad en donde, aun en plena vida, está pudriéndose para la historia el tirano.

¡Arriba los pensadores y profetas de Chile! ¡Sarmiento y Montalvo, en América, no son nombres vanos!

R. BRENES MESÉN

Evanston,
Chicago, Ill.

La gota y el viento

(Apólogo)

Es una gota de rocío que tiembla en el extremo de la hoja lustrosa de un nogal corpulento que se alza a orillas del sendero.

El viento del amanecer se ha quedado enredado, medio adormecido en la fronda del árbol como cansado de sus correrías vagabundas de bohemio incorregible sobre la redondez de la tierra.

De pronto, la gota de rocío empieza a brillar al ser traspasada por las agudas flechas de oro del sol mañanero.

Y la gota canta:

—Al través de mis peregrinaciones voy irradiando por el mundo como un brillante encendido que tuviese alas. En la mejilla de la madre soy la condensación del dolor; en los carrillos del niño la concreción de la inocencia; en el rostro de la amada la realización de la dicha; en los párpados del moribundo empiezo a ser el vacío de la nada. En las no-

ches radiantes mi seno diminuto se colma con todas las fulgentes constelaciones del cielo. Yo, unida a mis hermanas en el vaso de agua, apago la sed del caminante; esplendo con orientes inusitados en la geométrica y difícil red de la araña; vibro de emoción en la punta de la antena del inalámbrico. En mi ser hay alguna partícula infinitesimal de la primera gota de la creación al través de mis múltiples transformaciones. Voy viajando en la nube errante para descender desde lo alto, como dardo certero, en forma de lluvia benéfica sobre los campos.

El viento que se ha desperezado un poco oye el canto de la gota y le dice en tono de zumba:

—El elogio de tus méritos no me sorprende. Como mujer al fin eres un tanto vanidosa. También tengo como tú algunas acciones que hacer valer, y en mis correrías por el globo he visto tanto como tú, pero

deseo en esta ocasión callar filosóficamente.

—Yo no me envanezco de nada, insinúa la gota. La alegría de esta mañana radiante me ha hecho cantar de este modo, sin sospechar que pudiera alterar tu sueño y molestar tu cansancio. Por lo demás, me tiene sin cuidado tu mal humor. ¿Crées acaso, que causo perjuicio al caer como un diamante en el seno de una rosa, al encerrar en mi regazo las maravillas del arco-iris con que me enciendo algunas veces, o al convertirme en una gota de oro cuando el sol me exalta con sus rayos? Si yo tengo la virtud de reflejar en mi seno todo lo que veo, de reproducir todo lo que está a mi alcance, de aprisionar todos los paisajes como no hay pintor que se me iguale, no es mía la culpa, sino del Supremo Artífice que así lo quiso.

—Eres jactanciosa como todo lo pequeño y débil y tu suerte está entre mis manos. Con sólo desperezarme un poco entre las ramas de este árbol, tu vida está concluida.

—Te engañas de medio a medio, dice la gota. Mi existencia no depende de tus broncas altaneras. Yo, como todo lo noble, como todo lo benéfico, como todo lo que es luz sobre la tierra puedo tener un eclipse pasajero, una muerte transitoria como la vida misma del hombre, pero tengo la virtud de renacer a nueva forma cual el ave de la leyenda.

En esto, por toda contestación, el viento incomodado se rebulló entre la fronda y al temblar el ramaje la gota de rocío rodó al suelo confundiendo en el polvo.

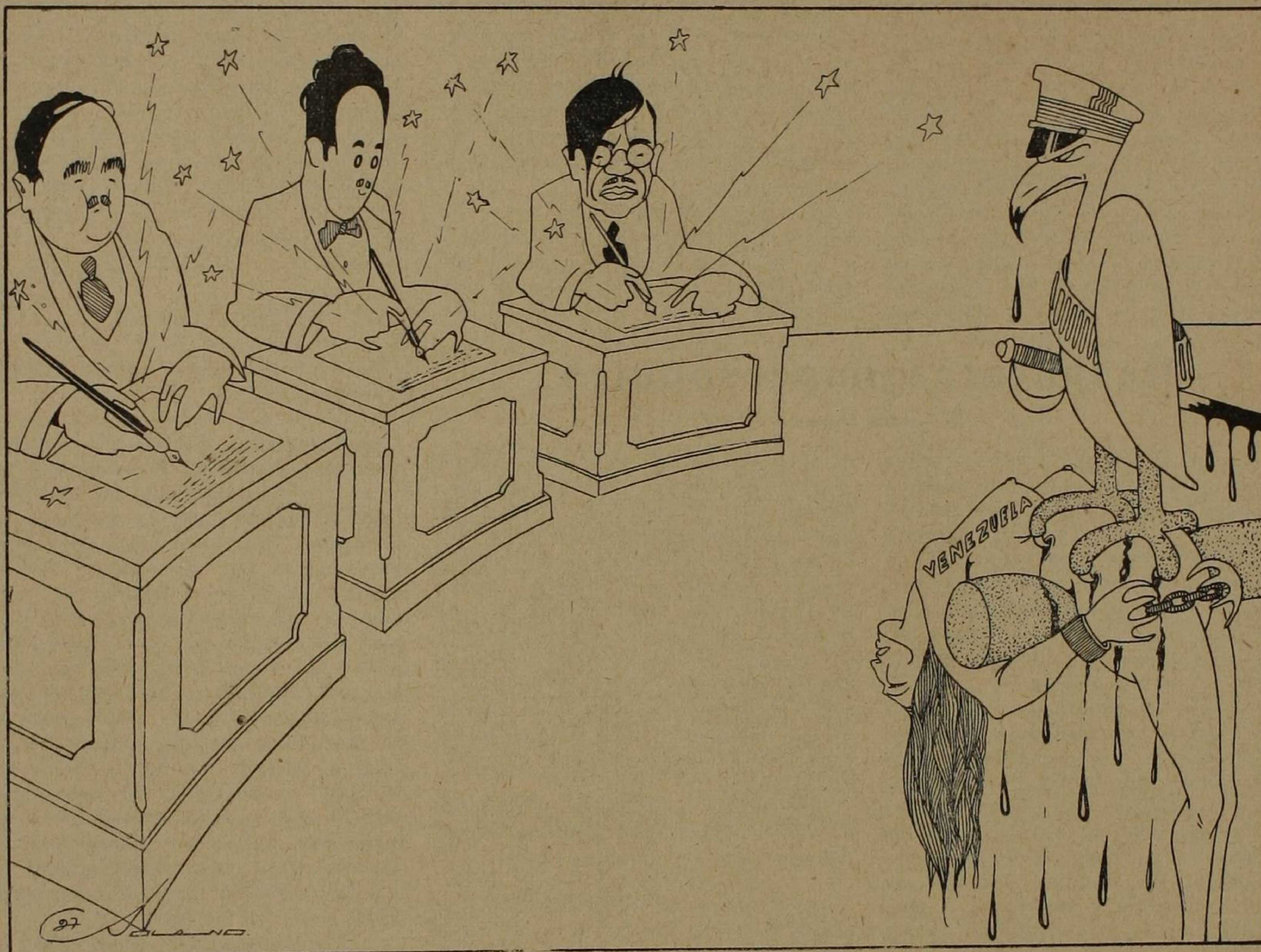
El viento siguió su marcha de Judio Errante al través de todos los caminos del mundo, pero el sol que ya calentaba un poco, evaporó la gota de rocío que subió a las nubes a incorporarse a sus hermanas.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Junio, 1927.

Donde las dan, las toman

(Por Solano)



García Monge, Vincenzi y Tovar:
yo observo,
que vuestras plumas hacen rabiar,
al cuervo!

(Alude el caricaturista a una gacetilla agresiva y ofensiva del *Nuevo Diario de Caracas* contra el *Rep. Am.*)

La amnistía en aceite

=De *El Tiempo*. Bogotá.=

HE escrito, y no me cansaré de repetir hasta la saciedad, que los efectos de renovación sólo pueden surgir en Venezuela por dos causas: o una catástrofe de la nacionalidad, o la súbita explosión de una sociedad capaz de reaccionar, no sólo contra el elemento regionalista que la daña, la explota y desprecia, sino contra su propia incuria, su inercia propia, la debilidad cívica que la caracteriza... Es muy triste, pero sólo asume cierto aspecto de probabilidad la primera de estas dos causas decisivas. Para la segunda sería menester un grano de mostaza que no existe, una *élite* vigorosa, desinteresada, resuelta... En otros términos:

una juventud. Y «los jóvenes», de esta época, en mi país, dentro y fuera, como el doloroso personaje de Ibsen, han nacido «viejos»; son pacatos, aprovechadores, tímidos y generalmente más ambiciosos que audaces, menos atrevidos que presuntuosos. A esto ha contribuido el desgaste lento de los viejos resortes: el respeto a sí mismos, la noción exacta del propio valer, la educación moral... No vacilo en declarar que el hogar—en cuanto se refiere al decoro político—llamémosle «político», por un caritativo eufemismo—la moral doméstica venezolana en este sentido es detestable... Se educa a los hombres para que agraden a los otros

hombres y las mujeres para que le agraden a cualquiera... Al niño no se le dice que el dinero de la nación, los altos destinos, los cargos de renombre y de honor corresponden a una conducta digna... Todo lo más es que «sepa» hacer las cosas. Claro está que falsificar una firma, sustraer una suma o descerrajar un cofre de caudales son feos delitos, abominables actos excesivamente públicos... Pero si la firma se obtiene con un suave dolo persuasivo, o el dinero se consigue «al margen» de una especulación con algún «amigo» que está bien «allá arriba», o el obstáculo para abrirse camino es una *liaison d'argent*... la operación

se efectúa y el agraciado pasa, sin mayores temores ni remordimientos, a la fila de «los jóvenes de porvenir». En Nueva York, hace poco, un grupo de esos desgraciados jóvenes, rodeando y orillando por cuantos son caminos de amistosa camaradería—así sean los menos decorosos, los menos decentes—formando *claque* en torno a un protegido de Gómez, efectuó una «operación» por venta de reservas nacionales en toda la cuenca petrolífera del lago de Maracaibo y por valor de dos millones de dólares o cosa aproximada. Se entregaron, por parte de la compañía yanqui compradora, unos doscientos mil dólares, de los cuales se hizo el reparto menor entre los «amigos» que ayudaron al «negocio». El resto se pagará después. En no lejano día, ese puñado de oro, por una transmutación de metales que jamás soñaron los alquimistas, se convertirá en hierro para aherrojar la soberanía de la república por el placer de hacerse rico «cursi», como se han hecho unos cuantos allí últimamente. Por el holgar con mujeres rubias y dar brinco en los cabarets de Broadway y emborracharse a escondidas una media docena de parásitos semi-petardistas, semi-pajes de una dinastía grotesca, una nación entera llorará lágrimas de sangre y torcerá de angustia sus cabellos maculados del lodo que hoy le arrojan estos miserables, alocados e inconsecuentes... entre ellos, alguno dice llevar en sus venas sangre del Libertador Bolívar. No lo creo. Ya lo hubiera ahogado esa sangre, ya hubiera caído, fulminado por una embolia cerebral al asumir esa mísera actitud de comparsa y de *valet-de-chambre*. . . Los otros son gentuza aventurera, empleadillos de comercio metidos a «políticos» por ladronzuelos, después que los echaran de la oficina donde hurtaron algo.

Años antes, algunos de éstos arrojábanse al campo de la oposición cuando creyeron que era factible ir a Venezuela, tumbar a los que allí están y ponerse a coger puestos, prebendas y negocios. Ante la inercia y el tiempo «perdido», como dicen los que pagan años con decoro, han resuelto retornar. No; no hay tal amnistía. Hay sencillamente el efecto de las cartacas ofreciendo docilidad. Gómez el viejo necesita hacer una maniobra a favor de Gómez el hijo, para que le suceda, y entreaire una puerta, la regionalista tachireense... Con el rebaño de Cúcuta se han colocado unos cuantos. La demolición de las prisiones es otra farsa... Los venezolanos se preparan a hacerle otra vez a Gómez el juego de 1908 y de 1913...

Sin virtudes de energúmeno, ni violencia, ni pasión; fría, sencilla, correctamente, nuestra declaración es ésta,

glosada ya en una celeberrima respuesta a otra «amnistía» tras largos años de persecuciones y de asesinatos que fueron a sepultarse en la tragedia de Sedán: «Nosotros regresaremos cuando regrese la libertad».

Mientras, es inútil tratar de engañar y de engañarnos. Entre malhechores y víctimas no puede haber otro pacto sino el que tenga por base la sanción. La verdad no está sujeta al cambio de folios de almanaque. Ayer decían que mentíamos, que no había prisiones, ni persecuciones, ni agravios; que todos vivían allá muy bien. Ahora venimos con que sueltan racimos de presos y demuelen prisiones... ¿De cuándo son

esas prisiones? ¿De qué fecha son esos presos?...

Los muertos hablan; los muertos seguirán hablando.

Una historia no se borra con una farsa, ni un delito con un telón de boca pintarrajeado de granjas, de carreteras y de campos de extracción aceitera.

Y la oposición «que queda» debería tener la cordura, la decencia y el patriotismo de conservar la seriedad, y dejarse de embustes oficiosos y truculentos.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA

Montreal, abril 12 de 1927

Los juristas de Río prefieren ser juristas y no americanos

=Editorial de *La Prensa* de Buenos Aires.=

CUANDO el congreso del Instituto Americano de Derecho Internacional clausuró sus reuniones en Montevideo, a fines de marzo último, dijimos que esa corporación no había querido advertir que el derecho a vivir de los pueblos americanos, con el respeto propio y el extraño, no es puramente académico, y lo dijimos porque cada uno de sus componentes guardó especial silencio ante la humillación de Nicaragua, cuya soberanía estaba y sigue allanada, para defender los intereses extranjeros, o sea para defenderlos con privilegio sobre los intereses de los ciudadanos nativos del propio país. Dicho congreso se redujo a pronunciar discursos de academia, y fijar sedes de posteriores congresos. La situación humillante de Nicaragua era, sin embargo, y lo es todavía, un asunto de palpitante actualidad en el derecho internacional americano.

En el orden de los precedentes cabe recordar lo que el doctor James Brown Scott, presidente del mismo instituto americano de derecho internacional, dijo en su discurso del 23 de abril de 1925 al explicar la capacidad, alcance y valor de la codificación, entonces proyectada, que ésta no es teórica, especulativa o simplemente académica, y cuando al referirse al artículo 21, añadió: «Las repúblicas americanas tienen el derecho de protestar contra las violaciones del derecho internacional, aun cuando esas violaciones no las afecten directamente», y fundó esa afirmación en forma documentada y precisa, llegando a sentar que un sistema de derecho basado en la fuerza o simple poder físico no es un sistema de justicia.

Pues bien; la conferencia de jurisconsultos que actualmente se reúne en Río de Janeiro, en su primera sesión plenaria, realizada anteayer, la que se prolongó por espacio de más de cuatro horas, hubo de considerar en medio de un asombro general, un pedido del gobierno nicaragüense desplazado de su sede, es decir, formulado por el ministro Cepeda, del presidente Sacasa, ambos con residencia actualmente en México. Era el pedido un llamamiento vehemente para que el congreso de juristas enviase a la cancillería estadounidense una declaración expresa, condenatoria de la política seguida por Estados Unidos en Nicaragua, «ya condenada, decía el telegrama, por la opinión pública universal». A renglón seguido el presidente de la conferencia, doctor Epitacio Pessoa, apurado por tranquilizar los espíritus, declaró: que tenía preparada la respuesta, la que sometió a consideración de la asamblea.

Esa contestación, la que apenas leída fué apresuradamente aprobada por unanimidad, dice así:

La junta de jurisconsultos tiene carácter exclusivamente jurídico y científico, y se halla destinada apenas a proponer fórmulas para la unificación del derecho internacional.

La información telegráfica que hemos publicado, de nuestros corresponsales en Río de Janeiro, dió cuenta de la forma en que se produjo la asamblea a este respecto. El delegado mexicano manifestó absoluta conformidad de la delegación de su país con la respuesta, y pasados algunos instantes y despachados otros asuntos, el señor James Brown Scott, en nombre de la delegación estadounidense, dijo: que por expresa

determinación del secretario de Estado de la Unión, y a fin de garantizar definitivamente la independencia y soberanía de todos los países de América y de abolir para siempre las soluciones de fuerza en los conflictos entre los Estados americanos, proponía una convención y la creación de un tribunal internacional de arbitraje, al cual deberán someterse obligatoriamente todas las cuestiones, de cualquier naturaleza que sean, que no hubieran podido resolverse por otros medios.

Los despachos telegráficos agregaron a lo anterior, que las palabras del delegado estadounidense le atrajeron una ovación de los asambleístas y que el delegado de México, tocado por extraordinario entusiasmo, se incorporó y con un gesto efusivo abrió sus brazos y estrechó entre ellos al internacionalista estadounidense.

Si se observa serenamente el panorama de la asamblea de jurisconsultos se advertirán algunos pormenores sugerentes. En primer lugar, aparece la oficiosidad del presidente al brindar, casi antes de terminarse la lectura del telegrama del ministro de Sacasa, un proyecto de respuesta muy acomodado al deseo de aislar esta asamblea de los episodios de la vida americana. En seguida, llama la atención la coincidencia del motivo provocado por el gobierno depuesto en Nicaragua, con la presentación del proyecto del tribunal de arbitraje internacional por parte del delegado estadounidense y por expresa determinación del secretario de Estado de la Unión, el mismo que ha realizado el allanamiento, con tropas de guerra, de la soberanía de Nicaragua. Al recordar este antecedente que dejamos apuntado, aun creemos que lo podríamos enriquecer agregándole la desnaturalización que se ha operado en la vieja cuestión de Tacna y Arica, sometida al alto fallo del primer magistrado de los Estados Unidos, fallo aun no aplicado ni respetado.

La própoción de Brown Scott, que tanto entusiasmó a la asamblea de Río de Janeiro, intenta ser extensa en su enunciado, como que el arbitraje proyectado deberá ser amplio, «sin otra restricción que las cuestiones de soberanía e independencia, pudiendo los países litigantes optar entre dicho tribunal o cualquier otro árbitro». Pero ella no pasa de ser una manifestación empírica, simplemente académica, fría ante los avances del imperialismo que allana soberanías y subordina naciones a título inaceptable. Se hará arbitraje en lo futuro, y mientras tanto, la situación de hecho y actual

en que se halla Nicaragua, quedará lo mismo que hoy. La realidad es, por tanto, una cosa tangible, y el derecho, cual si fuese extraño a ella, es solamente un conjunto de palabras.

Los americanos, en los que el amor a la patria es un sentimiento natural, no podrán ver ahora en Río de Janeiro otra cosa que una asamblea de doctores en derecho empeñados en una obra científica y jurídica, extraña a la dolorosa realidad de los hechos de la vida que viven estos pueblos.

Las repúblicas americanas tienen derecho a protestar contra las violaciones del derecho internacional, como bien afirmó en 1925 el internacionalista estadounidense Brown Scott. Los cuerpos de jurisconsultos poseen a su vez, no el derecho de protesta, que corresponde a las naciones mismas por intermedio de sus gobiernos o de sus órganos oficialmente autorizados, pero sí el derecho, y también el deber, de exteriorizar la palpitación del alma de los pueblos a que pertenecen. Un anhelo, formulado en

un voto de hombres libres, es lo menos que puede expresar un ciudadano, o bien una corporación, cuando se tratan cuestiones que afectan a la existencia misma de los países americanos, hijos todos de un principio común de libertad humana.

Hemos dicho en el curso de este año, al comentar la grave cuestión de Nicaragua, que los congresos panamericanos carecerían de razón de ser si hubieran de ocupar su tiempo en teorizaciones abstractas, sin alma, sin sentir la palpitación fuerte y libre del espíritu americano. Tanto valdría la ciencia médica sin aplicación al paciente. El congreso reunido en estos momentos en la capital brasileña ha eludido también, como si fuese una brasa que le quemase las manos, la cuestión más real y vehemente que existe en América. Se proyecta para el futuro, un remedio que hoy es rechazado. Los juristas de Río son, pues, juristas, pero no han preferido revelarse americanos con el sentido histórico y palpitante del continente.

Un homenaje en la Escuela Normal

Jóvenes:

Estoy muy complacido del homenaje que en esta mañana habéis ofrecido al Director de esta Escuela Normal. Hay que regocijarse cuando la juventud se entusiasma y rinde gratitud y amor a sus buenos maestros. Constructiva práctica es esta y necesaria en nuestro tiempo y en nuestra vida. Buen ejemplo que complace por lo justo y juicioso. Habéis visto cómo el año normal al querer hacer un homenaje al Director, puso a palpar el espíritu de nuestra Escuela, y el homenaje fué de todos los corazones juntos.

Pero mi complacencia de esta mañana, que es sin duda, profundamente sincera, es más intensa porque el maestro ha aceptado el homenaje con la más ingenua modestia, y sin decir bueno o malo, sino, le habéis hecho reír, le habéis hecho llorar, le habéis hecho sentir y vivir muy hondo; y luego, todos, hemos estado infinitamente alegres.

Cabe regocijarse en una mañana como esta, llena de profundas sonoridades del espíritu. ¡Cómo conmueve el maestro, cómo nos alegra, cómo lo comprendemos y le amamos, cómo nos hace sentir maravillosos ensueños y nos hace ver antorchas luminosas en los caminos de la vida y de la patria!

Es todo un pueblo que se agita de gozo y asciende hasta cubrir con flores de cariño, de nobleza y de justicia, el risco más alto de la fuente. ¡Qué hermoso homenaje! Tan sencillo,

tan profundo, tan sincero, tan armonioso. ...Porque todo ha sido armonía en esta mañana. Oíd cómo en lo más recóndito de vuestros corazones aún lloran y gimen y cantan las voces delicadas del violonchelo, del piano y del violín. ¡Cómo aún nos llena la risa de la anécdota; cómo aún nos sentimos iluminados con la majestad de la aurora que se levanta; cómo nos inquieta y estremece la voz de América que surge cuando el maestro la invoca desde su cima altísima; cómo con el soneto hemos sentido renacer jardines de ensueño y hemos sentido ansiedades!

Estoy profundamente complacido del homenaje que habéis rendido en esta mañana. Han sido cordiales y sinceras las palabras que habéis dicho, por eso han sido rosas y laureles para coronar la cumbre de la fuente, mientras vuestras generosas manos estremecidas de alegría por un impulso del corazón, incansablemente se agitaron para dejar notas serenas en el espíritu del maestro, de este maestro que incapacitado para rehusar el homenaje—ya sabéis por qué—sólo supo en esta mañana, contaros el cuento de *La Fuente Luminosa* y que os dijo casi en silencio: «Si yo quisiera dar las gracias, no podría hacer otra cosa más que llorar, abrazar, besar, sentir que el corazón se me deshiera, y caer de rodillas»!

L. E.

Escuela Normal, Junio 4/927.